ARCHIVO CENTRAL,

LÍRICO-DRAMÁTICO.

# BARCELONA QUE RIE

Y

# BARCELONA QUE LLORA.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y UN PRÓLOGO.



BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ Y COMPAÑÍA,

pasaje de Escudillers, núm. 4.

1866.

# BARCELONA QUE RIE

Y

# BARCELONA QUE LLORA.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y UN PRÓLOGO,

ORIGINAL

DE

D. RAFAEL DEL CASTILLO.



BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ Y COMPAÑÍA,

pasaje de Escudillers, núm. 4.

1866.

# REPARTO.

| PERSONAJES. | | ACTORES. |
| --- | --- | --- |
| EUGENIA. | Sra. | Segarra. |
| MARIA. | » | Bonfiliori. |
| ROSA. | » | Pi. |
| LUCIA. | » | Moral. |
| BLAS. | Sr. | Lumbreras. |
| ROSENDO. | » | Ribas. |
| GREGORIO. | » | Carvajal. |
| D. JOSE. | » | Tutau. |
| CONDE. | » | Francesconi. |
| ORTEGA. | » | Fuentes. |
| JAIME. | » | Grifell. |
| PEDRO. | » | Pardo. |
| CRIADO 1.° | » | Saumell. |
| Id. 2.° | » | Soto. |
| UN MÁSCARA. | » | Taulé. |
| UN SERENO. | » | Virgili. |

# PRÓLOGO.



Dividido el teatro: A la izquierda, casa con puerta á la derecha que da á la calle. Otra á la izquierda que comunica con las habitaciones interiores. Muebles decentes pero sin lujo. En la derecha está la calle. Al foro una zanja y montones de piedras, sobre los que se vé un farol pequeño como los que suelen ponerse en las obras. Es de noche. Al levantarse el telon aparecen sentados en el interior de la casa, alrededor de una mesa sobre la que hay un velon, Lucía cosiendo y Blas y Gregorio fumando.

## ESCENA PRIMERA.

LUCÍA, GREGORIO *y* BLAS.

GREGORIO. Vamos, vamos, el último cigarro y me marcharé hácia casa.

BLAS. No tengas prisa, hombre, aun no son mas que las diez.

GREGORIO. ¿Y te parece poco?

LUCÍA. Déjale, hombre, no le detengas; quizá su esposa le estará esperando, y...

GREGORIO. ¡Bah! por eso no. Allí estará cosiendo para llevar á la tienda la labor y que la den una miseria. ¡Buena tonta está en trabajar de ese modo!

LUCÍA. Yo creo que debia V. agradecérselo.

GREGORIO. ¡Yo! ¿Para qué se ha casado?

BLAS. Vamos, Gregorio, no principies.

GREGORIO. Si es la verdad. Te aseguro que si de algo estoy arrepentido en el mundo es de haberme casado.

BLAS. ¿Pues por qué lo hiciste? No creo que tu mujer te pusiera un puñal al pecho.

GREGORIO. Me casé porque era hija única y los padres..... no están mal: pero al cabo de cinco años no he conseguido tener sucesion, y ya ves que cada dia mi mujer está peor y si muere me quedaré tan pobre como estaba.

LUCÍA. Si la infeliz sucumbe, mas perderá ella que nadie.

Gregorio. Se equivoca V. Yo seré quien perderé, que me he estado sacrificando una porcion de años cuidándola, confiando en heredar los cuartos de los abuelos, y me encontraré sin nada.

Lucía. ¿Es decir que V. solo por el interés se casó?

Gregorio. Hija, si el matrimonio no es otra cosa que un negocio como los demás. Yo al menos lo miro bajo ese punto de vista; amor, amistad, honra, todo es cuestion de intereses. Si algo producen, magníficos negocios; sino, malos, muy malos, detestables.

Blas. ¡Hombre! ¡hombre! no digas eso.

Gregorio. Por pensar tú de otro modo, mira cómo te encuentras.

Blas. Y estoy satisfecho.

Gregorio. Si cuando eras cajero de D. José y tuvo que fugarse para que no le cogieran por aquella conspiracion, hubieras sustraido unos cuantos miles de duros de la caja, hoy tú y tu familia estariais como unos príncipes. Nadie te hubiese dicho una palabra, porque hay un refran que dice muy bien: «Que á rio revuelto, ganancia de pescadores.»

Blas. Yo cumplí con mi deber reservando las cantidades que tenia, á su legítimo dueño. El tenia su confianza puesta en mí y no debia abusar de ella.

Gregorio. ¡Pues! y la casa quebró y tú quedaste sin empleo y sin dinero.

Blas. Habia cumplido como hombre honrado.

Gregorio. Pues echa un poco de honra en el puchero y verás qué sustancia le dá.

Lucía. Si comemos sopas, las comemos con la conciencia tranquila, y esto hace que nos sepan mucho mejor.

Gregorio. Vamos, yo no tengo esa virtud y lo que siento es que no se me presente una ocasion.

Blas. ¡Gregorio!

Gregorio. Si es la verdad. Aquí puedo hablar con franqueza. En el mundo el que es pobre vive ignorado siempre; para él no hay ni diversiones, ni placeres, ni nada de cuanto hace agradable la existencia. Todos tienen derecho á despreciarle. En cambio para el que es rico, sean los que fueren los medios por que alcanzó su riqueza, todo es bueno, todos los caminos los encuentra espeditos, todas las personas le agasajan y nadie se cuida de su pasado. Disfruta de todos los goces y obtiene todas las consideraciones.

Blas. Pero si sus riquezas son mal adquiridas, le falta la consideracion de sí mismo. Desengáñate, Gregorio; en este mundo antes que todo es el obrar bien, el trabajar y conquistarse por medio de ese trabajo la posicion que se desea.

Gregorio. ¿Y si no se consigue?

Blas. Le queda á uno la satisfaccion de haberlo intentado.

Gregorio. Vaya, vaya, no estoy conforme con eso. Yo quiero ser rico, y he de serlo.

Lucía. Mal camino llevaV.

Gregorio. ¡Quién sabe! La fortuna pende de un instante; si tengo la dicha de encontrarla, yo la prometo que no se me escapará.

Lucía. Pues yo estoy muy contenta de que mi marido piense así, y lo único que ruego á Dios es que mis hijos se parezcan á su padre.

GREGORIO. Yo si los tuviera, tambien desearia que se pareciesen á mí. Y ello será forzoso que me busque uno.
BLAS. No te entiendo.
GREGORIO. Tentaciones me están dando hace mucho tiempo de averiguar dónde hay un chiquillo recien nacido y robarle y hacerles creer á los abuelos que es mio.
BLAS. Calla. (*Con disgusto.*)
GREGORIO. Con eso aseguraba la herencia.
LUCÍA. Pero hombre, por Dios, ¿su esposa de V. consentiria?...
GREGORIO. Tengo enseñada á mi mujer á que consienta en lo que yo quiero.
LUCÍA. Pero los padres de esa criatura...
GREGORIO. Ya se consolarian, y sino que hiciesen lo que les diera la gana.
BLAS. Vamos, tú no sabes lo que dices muchas veces.
GREGORIO. Vaya si lo sé.
D. JOSÉ. (*Que ha salido momentos antes examinando las casas, se detiene por fin delante de la de Blas, á cuya puerta llama. Va embozado.*) Aquí debe ser.
BLAS. Han llamado, me parece.
LUCÍA. Sí. (*Vuelve á llamar D. José.*)
GREGORIO. Han repetido.
BLAS. No sé quién puede ser á estas horas. Veamos: ¿quién es? (*Abre la puerta.*)

## ESCENA II.

DICHOS, D. JOSÉ.

(*Las primeras palabras que se cruzan entre Blas y D. José son sumamente rápidas.*)
D. JOSÉ. ¿Vive aquí D. Blas Puig?
BLAS. Si, señor. (¡Esta voz!)
D. JOSÉ. ¡Blas!
BLAS. ¡Silencio! Pase V. adelante.
LUCÍA. ¿Quién es?
BLAS. Un caballero que desea hablarme. Lucía, ¿quieres ver si los niños están durmiendo ya?
LUCÍA. Voy. (*A D. José.*) Con su permiso. ¿Entra V. por aquí, Gregorio?
GREGORIO. Bueno, estaré un instante y me marcharé despues. (¿Quién será este hombre?) (*Vanse Lucía y Gregorio.*)

## ESCENA III.

BLAS, D. JOSÉ.

BLAS. Pero señor, ¿cómo se ha atrevido V. á venir?
D. JOSÉ. Nadie me ha visto mas que tú.
BLAS. Que es como si no hubiese sucedido.
D. JOSÉ. Lo sé, amigo mio, lo sé. Tú eres el único que me ha permanecido fiel.
BLAS. En su casa me hice hombre, en su casa ganaba el pan para mi familia, y yo no olvido nunca los beneficios que recibo.

D. José. Sin embargo, otros lo han olvidado.

Blas. No los recuerde V.

D. José. ¿No he de recordarlos, cuando sé que están en grande y que se han enriquecido con mis despojos?

Blas. Ande V. que ya encontrarán tarde ó temprano el castigo.

D. José. Y tú, ¿cómo estás de fortuna?

Blas. No muy bien, Sr. D. José. Llevo los libros á un comerciante de articulos coloniales que me dá quince duros al mes por las tres horas diarias que empleo en su casa; despues suelo copiar algunos papeles para el teatro, pues tengo un amigo que está encargado de la copia, y Lucía cose varias frioleras para las tiendas; no tenemos para grandezas, pero se vive. Lo único que pido á Dios es que no caigamos enfermos ninguno, porque eso sí que seria una calamidad.

D. José. Siempre tan trabajador.

Blas. Qué hemos de hacerle; los que no tenemos un capital, es preciso que trabajemos. Usted ya no se moverá de casa, ¿no es así?

D. José. Seria gravarte y no debo hacerlo.

Blas. Eh, déjese V. de semejantes escrúpulos. Usted no puede jamás ser gravoso en esta casa que es la suya.

Gregorio. (*Apareciendo en la puerta derecha y escuchando oculto*). Veremos á ver si sabemos quién es este hombre.

D. José. Te doy las gracias por tu ofrecimiento, mas no puedo aceptarlo.

Blas. ¿Por qué no?

D. José. He venido á Barcelona porque sabia que mi esposa se hallaba próxima á su alumbramiento.

Blas. ¿Y la ha visto V.?

D. José. Sí. Está en la casa de S. Gervasio, ya sabes, á la entrada del pueblo.

Blas. Lo ignoraba. Déme V. las señas, si quiere, para que vaya Lucía por si se le ofrece alguna cosa.

D. José. Es la tercera casa. No tiene pérdida: está pintada de azul y solo hay un piso edificado. Yo iré despues. Ayer dió á luz una niña y esta noche llevaré una nodriza, pues la pobre con los disgustos se encuentra muy débil.

Blas. ¿Pero V. piensa permanecer aquí?

D. José. No; marcharé esta misma noche. Aun los tribunales no han declarado mi inocencia y no debo esponerme.

Blas. Es cierto. Mas volver á S. Gervasio á esta hora pudiera llamar la atencion y...

D. José. Todo está previsto. He dejado entornada la ventana baja y se puede saltar muy fácilmente.

Gregorio. (¡Bravo! Ya tengo el hijo que me hacia falta. Este hombre ha venido á hacer mi fortuna.)

D. José. Quiero pedirte un favor.

Blas. Diga V. lo que quiera.

D. José. Quiero que vayas á mi antigua casa.

Blas. ¿A su casa? Pues si está embargada y nadie habita en ella.

D. José. Puedes saltar perfectamente por la tapia del jardin, ¿recuerdas?

Blas. Demasiado. No paso una vez por allí que no sienta oprimido el corazon.

D. José. ¡Cómo ha de ser! Entras en el jardin, y cerca del invernadero, á veinte pasos justos del asiento de piedra que hay enfrente de él, haces una ligera escavacion y encontrarás una cajita de laton; la recoges y me la traes.
Blas. Descuide V. que lo haré.
D. José. El dia que mi esposa me reveló que era padre, enterré en aquel sitio seis mil duros con ánimo de que constituyesen la dote de mi hijo. ¡Quién hubiera de decirme que hoy pudieran servirme tanto! Es lo unico con que cuento para principiar á negociar en Marsella y confío en Dios que me prestará su ayuda.
Blas. No lo dude V., señor.
D. José. Volveré aquí dentro de hora y media. Voy á buscar la nodriza, recogeré ese dinero, iré á S. Gervasio, y esta madrugada emprenderé de nuevo mi marcha.
Blas. Yo voy á tomar un instrumento cualquiera para ahondar la tierra.
D. José. No tendrás que hacer muchos esfuerzos. Adios, Blas, adios, amigo mio, confío en ti.
Blas. Vaya V. descuidado.
D. José. Hasta mas tarde. (*Vase D. José*).

## ESCENA IV.

Blas *y* Gregorio.

Blas. ¡Válgame Dios! ¡Pobre D. José! Tenerse que marchar otra vez dejando á su esposa así, y sin grandes elementos! En fin, mañana irá Lucía á S. Gervasio, y en lo que podamos le ayudaremos.
Gregorio. Ea, chico, buenas noches; ya me parece que es hora (*Saliendo por la puerta derecha algo pensativo.*) de que me retire á casa.
Blas. Há tiempo que debias estar en ella. Tu pobre mujer estará esperando.
Gregorio. ¿Quién piensa en ella?
Blas. Tú debias hacerlo. ¿No te aburres de pasar los dias sin hacer nada?
Gregorio. Buen tonto es el que trabaja.
Blas. No pienses así.
Gregorio. Vaya, vaya, si principias con tus sermones, buenas noches.
Blas. Mis sermones son hijos de mi buen deseo.
Gregorio. Te los agradezco. Adios. (*Marchándose.*)
Blas. El te ilumine, que bien lo necesitas. Es incorregible. Y tan buen muchacho como era en otro tiempo. Dió en acompañarse con una porcion de holgazanes y desocupados, y sus pérfidas palabras y su mal ejemplo dieron al traste con sus buenos sentimientos. No quiera el cielo que piense yo nunca de ese modo. Ea, vamos á cumplir el encargo de mi antiguo señor; á pesar de que como la casa está cerca, en un momento puedo despachar. Llamaré á Lucía, que estará la pobrecilla impaciente por saber quién era ese caballero embozado. (*Llama puerta izquierda.*) ¡Lucía! ¡Lucía!

LUCÍA. (*Dentro.*) Voy al momento.

BLAS. Pues, ¡trabajando cerca de la cama de sus hijos! Una mujer así, es una bendicion que el Señor concede á los pobres.

## ESCENA V.

BLAS y LUCÍA. (*Sale puerta izquierda.*)

LUCÍA. ¿Qué quieres?

BLAS. Darte conocimiento de una cosa que indudablemente h de haberte llamado la atencion.

LUCÍA. ¿Es respecto á ese caballero que vino antes?

BLAS. Justamente.

LUCÍA. ¿Quién es?

BLAS. ¿No lo has adivinado?

LUCÍA. No.

BLAS. D. José, el capitalista en cuya casa estaba yo y á quien ar ruinaron sus consócios, como ya te he dicho.

LUCÍA. ¿Pues no andaba escondido?

BLAS. Sí, pero ha vuelto porque su esposa dió ayer á luz una niñ y se encontraba sin recursos.

LUCÍA. ¡Pobre señora! Supongo que le habrás ofrecido lo poc que valemos. Yo iré á cuidarla y...

BLAS. (*Abrazándola.*) ¡Qué buen corazon tienes! Ya se lo he dicho y mañana irás á su casa.

LUCÍA. ¿Y ese buen señor qué va á hacer?

BLAS. Ahora mismo voy yo á buscarle seis mil duros que tien enterrados en el jardin de la casa que ocupaba.

LUCÍA. ¡Seis mil duros!

BLAS. Los guardó en tiempos mas felices, sin pensar que pudier llegar un dia en que ese dinero fuese su única salvacion.

LUCÍA. ¿Y vas á buscarlos, dices?

BLAS. Sí, porque él volverá dentro de poco por ellos.

LUCÍA. ¿Pero hay algun peligro en eso?

BLAS. Ninguno, hija, ninguno. Ya sabes que las tapias del jardin son muy bajas y muy solitario el callejon adonde dan. Sin que nadie me vea, salto, y estoy de vuelta dentro de media hora.

LUCÍA. Siento que hayas de ocultarte como si se tratara de un robo

BLAS. ¡Qué tontería! ¿Y los chicos?

LUCÍA. La niña durmiendo como un ángel, y Rosendo se despertó hace poco y me habló como un hombre.

BLAS. ¡Pobres criaturas! Dios nos las conserve y las siga protegiendo como hasta aquí.

LUCÍA. ¿Y Gregorio?

BLAS. Hace un rato que se fué.

LUCÍA. ¿No se ha enterado de nada?

BLAS. Salió despues que D. José se habia marchado.

LUCÍA No sé por qué le he llegado á tomar una antipatía...

BLAS. Su lengua le hace peor.

LUCÍA. Desengáñate que él habla mucho, pero tambien sus sentimientos son bastante malos.

BLAS. Ea, ea, yo me entretengo y el tiempo pasa. Dame el martillo que me servirá para escavar la tierra.

LUCÍA. Voy por él. (*Entra puerta izquierda.*)

BLAS. Llevaré la bufanda solamente y así estaré mas desembarazado.

LUCÍA. (*Saliendo.*) Toma el martillo.

BLAS. Está bien. Hasta dentro de un momento.

LUCÍA. Anda con Dios. (*Vase Blas puerta y foro derecha.*)

## ESCENA VI.

LUCÍA.

(*Se sienta junto á la mesa con ademan pensativo.*) Parece imposible que haya en el mundo hombres como Gregorio. Es que no me lo puedo quitar de la cabeza. ¡Qué máximas! ¡Qué ideas! Felizmente mi esposo tiene la razon muy sólida y el corazon muy noble para que encuentren eco en él las palabras de su amigo. Mal he dicho; no puede ser amigo de un hombre honrado como mi marido, un tunante como Gregorio. Para él todo lo constituye el dinero. ¡Qué nécio! ¿Se compra acaso con el oro la felicidad? locura; la verdadera felicidad está en la paz de la conciencia, en la satisfaccion de no haber obrado mal y en el aprecio de las personas honradas. Gregorio aunque tuviera dinero jamás podria vivir tranquilo. (*Escuchando puerta izquierda.*) Me parece que se ha despertado Maria: si: tal vez me eche de menos y me llame. (*Gritando.*) Voy, hija mia, voy al momento. (*Vase puerta izquierda.*)

## ESCENA VII.

GREGORIO *por la izquierda pensativo.*

Con que ha dicho que en S. Gervasio, á la entrada, la tercera casa que está pintada de azul. Si, eso es. Tengo muy buena memoria, y mucho mas cuando se trata de mi felicidad. La ventana está entornada, no hay mas que saltar y adentro. Esa criatura me asegura la herencia. Mi mujer no queria acceder á esa supercheria, segun la llama, pero yo tengo unos argumentos... (*Con ademan de pegar.*) Ahora pensemos en lo otro, en lo del dinero. Ese no es mal negocio. Lo único que siento es que sea (*Mirando con recelo á todas partes.*) Blas quien le haya de traer. Al fin es un amigo que me ha socorrido varias veces... pero tambien otras me ha echado cada sermon... En fin, la amistad es una cosa y el negocio es otra. Yo aquí debo jugar el todo por el todo, puesto que se trata de una cantidad respetable. Despues que con ese dinero haya hecho fortuna, entónces le daré la mitad á Blas, ó la cuarta parte, ó... bah, no pensemos en resarcimiento alguno. Lo principal es que venga á mis manos. Aun no habrá vuelto de la casa. La calle está sola, y con un poco de destreza, asunto concluido; cojo el dinero y voy por el chiquillo. Taparé la boca á Blas para que no pueda chillar. Yo tengo mas fuerza que él. Justo. Veamos si me acuerdo de hacer el nudo de ahogo que me enseñó aquel truhan. (*Saca un pañuelo, y hace un nudo en medio de él.*) ¡Quién habia de decirme que ahora me hubiera

de servir! Esto es, veo que nada he olvidado. Me pesa tenerlo que emplear con un amigo, pero antes soy yo que nadie, y tratándose de intereses antes yo que él. (*Escuchando.*) Parece que siento ruido. Efectivamente. Por allá abajo creo que viene un hombre. Quizá sea Blas. Prevencion y no dejarle tiempo para que grite. Me esconderé en esta zanja que parece hecha apropósito. (*Se oculta en la zanja.*)

## ESCENA VIII.

GREGORIO, BLAS, *despues* D. JOSÉ, LUCÍA *y* SERENO.

BLAS. (*Con una caja de laton.*) Pues señor, me ha costado menos de lo que habia creido. Cuando venga D. José, podré darle su dinero. Vamos hácia casa que mi pobre Lucía estará impaciente. (*Gregorio durante esta escena ha salido de la zanja y cuándo Blas pasa por junto á las piedras le tapa la boca con el pañuelo.*) ¿Qué es esto? Ladro... ah!... Gregorio! (*Cae sobre las piedras forcejeando con Gregorio, el cual se levanta diciendo:*)

GREGORIO. ¡Cáspita! ¡Creo que me ha conocido! Pero, no, no ha tenido tiempo. El mismo, al caer, se ha herido con las piedras, y se ha desmayado; esto me ha ahorrado un trabajo. Al menos le vendaremos la herida, no quiero que tenga queja de mí. (*Se arrodilla junto á él y le quita la caja.*) Primero cogeremos los cuartos. ¡Diablo, cómo la aprieta! Ahora vendémosle la frente. (*Lo hace.*) ¿Que es eso? Me parece que siento pisadas... (*Mirando á la izquierda.*) El sereno creo que viene por allí. Despachemos ya que hemos salido bien. Pero si este hombre me hubiese conocido, y... Lo mejor será coger el chiquillo y mañana segun lo que sepa, me quedaré en Barcelona ó me iré al estranjero. Sí, eso es: ahora vamos á S. Gervasio. (*Vase foro derecha.*)

D. JOSÉ. (*Saliendo.*) Van á dar las doce y ya debe haber cumplido Blas el encargo que le dí.

LUCÍA. (*Sale puerta izquierda.*) Me pareció haber sentido rumor en la calle. Creo que tarda mucho mi esposo.

D. JOSÉ. Veamos si está. (*Llama á la puerta al mismo tiempo que el sereno, que sale por el foro izquierda, al pasar por el lado de la zanja, tropieza con el cuerpo de Blas.*)

LUCÍA. ¿Quién es?

D. JOSÉ. Servidor de V.

SERENO. ¿Qué es esto? ¿Un hombre? ¡Y está herido!

D. JOSÉ. ¿Está Blas? (*A Lucía que abre la puerta.*)

LUCÍA. No, señor.

SERENO. (*A Lucía.*) A ver; ¿tiene V. ahí un poco de vinagre, que hay aquí un hombre herido?

D. JOSÉ. ¿Un herido?

SERENO. Sí, señor; voy á llamar á los compañeros, pero antes quisiera ver si...

D. JOSÉ. (*Aproximándose á Blas.*) ¿Quién será? (*Con sorpresa y dolor.*) ¡Blas!

SERENO. ¿Le conoce V.?

LUCÍA. (*Que ha oido la esclamacion de D. José, sale corriendo y coge

*el farol del sereno.)* ¿Qué ha dicho V.? ¡Ah esposo mio! (*Reconociéndole.*)

D. José. (*En voz baja.*) Sin duda le han robado.

Lucía. Respira aun: pronto, socorro, socorro!

D. José. (*Incorporándole.*) Parece que va volviendo en sí.

Sereno. ¡Y tiene vendada la cabeza!

Lucía. ¡Blas! ¡Esposo mio! Vuelve en tí.

Blas. ¡Oh! ¡El miserable!...

Lucía. ¿Quién ha sido?

D. José. ¡Habla! ¡Habla!

Blas. (*Al oir la voz de D. José le mira con dolorosa sorpresa, levanta las manos significando que nada tiene en ellas, y en su rostro se opera una transformacion extraordinaria hasta que por fin rompe en una carcajada nerviosa.*) ¡Oh!

D. José. (*En voz baja á Blas.*) ¿Te han quitado eso?

Blas. Sí... sí... él... yo... no, no señor: yo no he... no he sido culpable... él... él... ¡Ah!... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!...

Lucía. ¡Blas! ¡Blas! ¿Qué tienes? ¡habla!

D. José. Desgraciado!

Lucía. ¡Dios mio, ten piedad de mis hijos! (*Quedan Lucía y el sereno sosteniendo á Blas que no cesa de reir, mientras que D. José le contempla lleno de dolor y desesperacion. Telon rápido.*)

FIN DEL PRÓLOGO.

# ACTO PRIMERO.



Dividido el teatro: á la izquierda casa pobre en cuyo interior reina la desnudez mas completa. A la izquierda primer término una puerta, y en segundo una ventana. Al fondo puerta que da á la escalera En la escena una silla y cerca de ella un jergon. Dos ó tres sillas, mas arrimadas á las paredes. En la derecha, salon amueblado con lujo: puerta al foro que deja ver otro salon. A la derecha dos puertas que figuran comunicar con el interior. Es de dia. Han pasado 18 años despues del prólogo.

## ESCENA PRIMERA.

(*Al levantarse el telon, aparece* María *arrodillada en la habitacion pobre, y* Blas *sentado en la silla con un troncho de berza en la mano y comiendo. De cuando en cuando exhala algunos sonidos roncos y guturales. En la habitacion rica los criados están disponiendo una mesa espléndida.*)

María. ¡Vírgen pura; tú, que eres el consuelo de los afligidos y el amparo de los desgraciados, consuela nuestra afliccion y ampáranos, madre mia!

Blas. ¡Hum!... Frio... hambre...

María. (*Mirando á Blas con tristeza.*) ¡Pobre padre! ¡Qué existencia tan desdichada es la suya! ¡Desdichada!... ¡quién sabe! Su idiotismo le priva de conocer la miseria que nos rodea en toda su horrible desnudez. ¿Y mi pobre hermano dónde estará? ¡Ay madre mia! ¡cuánto debes sufrir si desde el cielo donde estarás sin duda ves á tus hijos y á tu esposo sin tener un pedazo de pan que acercar á sus lábios, y próximos á encontrarse sin albergue donde guarecerse!

Blas. ¡Pan!... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!...

María. ¡Esa risa de mi padre me hace un daño estraordinario! ¡Y tantos años que la estoy oyendo!

Criado 1.° Conque esta noche tambien tenemos cena ¿eh?

Id. 2.° El señor quiere solemnizar así la jugada de bolsa que hizo ayer.

Criado 1.° Pero si segun se dice por ahí, la jugada esa no recompensa ni con mucho lo que lleva perdido.

Id. 2.° ¡Bah! habladurías.

Id. 1.° En estas casas á veces no es oro todo lo que reluce.

Id. 2.° Mientras nos paguen, á nosotros nada debe importarnos lo demás.

Id. 1.° Y dime, Roque, tú que llevas mas tiempo en la casa, ¿por qué la señora esta siempre tan triste y sale tan pocas veces?

Id. 2.° Hombre, la esplicacion es bien clara. ¿No ves que el señor siempre está de francachelas y sus conquistas son conocidas de todo el mundo? Naturalmente, esto lo sabe la señora y no ha de darla mucho gusto.

Id. 1.° Es verdad.

Blas. ¡Frio!... ¡hambre!...

María. (*Aproximándose á su padre.*) Padre mio, yo tambien tengo frio, yo tambien tengo hambre, pero si en casa no hay nada, nada absolutamente. No coma V. eso; tal vez le haga daño, y... (*Vá á cogerle el troncho y él la rechaza.*)

Blas. ¡No!... ¡no!... ¡me robas!... ¡Gre... Grego...!

María. Soy yo, padre, vuestra hija.

Blas. No... no... la... ¡ladrones! ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!...

María. Dios mio: ¡qué horrible risa!

Blas. ¡Sangre!... ¡dinero!... y ¡él... ¡él!... ¡no me robes!... (*Escondiendo el troncho y mirando á su hija con terror,*) vete... vete... ¡ja!,.. ¡ja!... ¡ja!...

María. ¡Padre!

Blas. No... no... frio... mucho frio. (*Se va retirando hasta que se deja caer sobre el jergon. Se acurruca en él, y roe el troncho de berza mirando con desconfianza á su hija.*)

María. ¡Señor! ¡Señor! dadme fuerzas para soportar tanta desgracia.

Criado 1.° Segun he oido al cocinero, el señor ha mandado echar el resto en la comida de hoy. Va á ser magnífica.

Id. 2.° Siempre se hace aquí lo mismo.

Id. 1.° La señora se dirige hácia este sitio. (*Mirando á la segunda puerta derecha.*)

Id. 2.° Bien, ya tenemos la mesa puesta, conque no se ha perdido el tiempo.

María. Es necesario intentar algo; voy á recorrer de nuevo las tiendas á ver si encuentro trabajo. Pero será inútil; ¡tantos dias he hecho lo mismo! Adios, padre: hasta luego.

Blas. No... no... yo como... ¡es mio! (*María le contempla con desesperacion y sale por el foro.*)

Criado 1.° Ya está aquí.

## ESCENA II.

Eugenia, Blas y Criados.

Eugenia. (*Sale puerta segunda derecha y se detiene.*) ¡La mesa puesta! ¡Otra comida quizá! (*A los criados.*) ¿Qué haceis?

Criado 1.° Estamos poniendo la mesa segun ha mandado el señor.

Eugenia. ¿Vienen tambien sus amigos?

Criado 1.° Al menos nos ha ordenado que pongamos seis cubiertos.

Eugenia. Está bien: retiraos.

Criado 1.° (*Aparte al 2.°*) ¿Ves qué cara ha puesto?

Id. 2.° Como la pobre no disfruta... (*Vanse por el foro.*)

Eugenia. ¡Qué vida paso, Dios mio! ¿De qué me sirve tener riquezas, posicion y todo cuanto pueda halagar á una mujer si me falta la felicidad? ¡Ah! no sé por qué hablo de riquezas cuando son tan mal adquiridas como estas. Mi marido se empeñó y... y no tuve mas remedio que acceder. Cada dia tengo mas remordimientos por mi conducta. Mi debilidad fué indigna, así como es indigna mi conduta de hoy. Cada vez que esta niña me llama su madre la vergüenza enciende mis mejillas; cada vez que elogian la probidad, la honradez y las riquezas de mi esposo, el rubor y la turbacion se apoderan de mí, y yo que sé que no tengo derecho al cariño y al respeto de esa niña, yo que sé que mi esposo no es merecedor de nada de cuanto le dicen, callo, y mi silencio me tortura y me juzgo aun mas culpable que él.

## ESCENA III.

*Dichos*, Rosa. (*Primera puerta derecha.*)

Rosa. Casualmente iba á buscarte, mamá: me alegro mucho de encontrarte.

Eugenia. (¡Su madre!) ¿Por qué, hija mia?

Rosa. Porque quiero pedirte un favor.

Eugenia. ¡Un favor! No puedo adivinar...

Rosa. Tú me dás á cada paso el ejemplo, y yo no quiero mas que imitarte.

Eugenia. Como no te espliques mas...

Rosa. ¿No me estás diciendo siempre que la mision de los ricos es socorrer á los pobres?

Eugenia. Yo al menos lo comprendo así.

Rosa. ¿Y no estás tratando constantemente de descubrir dónde hay una miseria, dónde existe un infortunio, y dónde hay lágrimas, para enjugar estas, y socorrer aquellos?

Eugenia. Me figuro que este es mi deber.

Rosa. Pues bien, yo he hecho lo que tú y tambien me he buscado mis pobres.

Eugenia. ¿Tú, hija mia?

Rosa. Sí: aquí al lado de casa habita una pobre familia compuesta de un padre que está medio idiota y dos hijos que carecen de trabajo.

Eugenia. Nada sabia.

Rosa. Qué, ¿tratarás ahora que lo sabes de quitarme mis pobres?

Eugenia. Nada de eso; ya que el cielo te ha dotado con ese corazon tan hermoso, no seré yo quien te prive de que ejercites tus buenos instintos.

Rosa. ¿Conque consientes en que vaya á socorrerlos?

Eugenia. No me opongo á una cosa tan justa como natural. Ya

que la suerte te ha puesto en posicion de poder hacer bien, hazlo, hija mia; las buenas acciones forman la mejor aureola de la persona.

ROSA. Tú me has enseñado á eso.

EUGENIA. ¡Yo! Débil mujer que tanto ha sufrido y está en lucha tan continua con sus dolores...

ROSA. ¿Por qué sufres, mamá? Nunca quieres confiarme tus penas, y sabes que yo te lo confio todo.

EUGENIA. ¡Pobre niña! ¡No quieras jamás conocer lo de triste, sombrío y doloroso que encierra el corazon humano.

ROSA. Usas siempre un acento tan estraño para hablar conmigo que me hace daño, porque comprendo tu sufrimiento, y hiela en mis labios la confesion que varias veces he estado á punto de hacerte.

EUGENIA. (*Abrazándola.*) Perdóname, hija mia; perdóname: ¡pero sufro tanto! Háblame, sin hacer caso del acento que yo emplee; confíame todas tus impresiones, tus afectos, tus alegrías, porque á tu edad, solo alegrías puede ofrecerte el mundo. Habla, ¿qué quieres decirme?

ROSA. Mamá, quisiera confiarte un fenómeno que vengo advirtiendo en mí, desde hace algun tiempo, por si tú puedes darme la esplicacion de él.

EUGENIA. ¿Qué es?

ROSA. Ya sabes, segun te conté, que dias pasados salí á paseo con mi aya, por la parte de la Cruz-cubierta, y fuimos insultadas por algunos hombres de muy malas trazas que sin duda estaban embriagados.

EUGENIA. Es cierto, añadiéndome que un jóven, cuyo traje era bien modesto, habia tomado vuestra defensa, esponiendo su vida, pues uno de los otros sacó una navaja.

ROSA. ¡Pasé un miedo! ¡Oh! si no acierta á pasar por allí un soldado, no sé lo que habria ocurrido. Pues bien, desde entonces, mamá, recordando las palabras de aquel jóven, palabras que no estaban en armonía con su traje; recordando el desaliento y la tristeza que en su semblante habia, siento á veces una melancolía y unos deseos de llorar que no puedo definirlos, y lloro, y á través de mis lágrimas veo el rostro de mi salvador y me parece percibir su acento, y sus palabras, y sus ademanes, y..... vamos, no puedo decirte lo que mi corazon esperimenta. Tú, mamá, tú que sabes tanto, ¿puedes comprender qué es esto?

EUGENIA. Hija mia, lo que sientes, no puede ser mas que un manantial de lágrimas para tí, y de dolores para mi.

ROSA. ¿Qué quieres decir?

EUGENIA. Esa afeccion que nace en tu corazon, trata de ahogarla ahora que aun es tiempo. La sociedad en que vivimos no puede comprenderla y se burlaria de ella. Tu mismo padre... tu padre mas que nadie trataria de rechazarla.

ROSA. ¿Pero qué afeccion es esta, mamá?

EUGENIA. Eso es amor, Rosa, y el amor en la posicion que tienes no puedes sentirlo mas que por una persona de tu clase, no por una que sea inferior.

ROSA. Pues, y la accion de ese jóven, ¿no merece agradecimiento?

EUGENIA. El agradecimiento en nuestro mundo no se paga más que

con dinero, no con afectos del corazon. Tales son las máxi mas de tu padre y tambien las del círculo en que vives.

Rosa. ¡Oh! pero yo no puedo avenirme con ellas.

Eugenia. Créeme, hija mia, créeme. Ahoga esa afeccion que brot hoy, no la dejes tomar cuerpo, pues entonces podria costart mucho mas.

Rosa. Me das miedo.

Eugenia. Y si tú supieras cuánto daño hace tener mas tarde qu renunciar á una ilusion que se ha estado acariciando durant mucho tiempo, si comprendieras lo que se sufre... pero n hablemos mas de eso. Anda, hija mia, anda, y lleva á esos, p bres de quienes antes me hablabas, tus consuelos de ángel tus socorros de mujer.

Rosa. Sí que iré, madre mia, sí que iré, toda vez que me das per miso para ello.

Eugenia. Jamás te lo negaré.

Rosa. Voy á avisar á uno de los criados para que me acompañe y al momento pasaré á su casa. Adios, hasta luego.

Eugenia. Anda con Dios, hija mia. (*La abraza, la besa y Rosa s marcha por la primera puerta derecha diciendo:*)

Rosa. (¿Conque es amor lo que yo siento? ¡Dios mio! haced feli este amor.)

## ESCENA IV.

Eugenia, *despues* Gregorio.

Eugenia. ¡Desgraciada niña! Esa afeccion naciente, si no pued combatirla ahora ¡cuánto la hará sufrir! Su padre... ¿Qué di go? Gregorio no es padre de ese angel. Gregorio la martirizar y jamás consentirá en hacer su felicidad.

Gregorio. (*Entra por el foro y dá el abrigo al criado, que se retira.* Me alegro encontrarte aquí. ¡Hola! ¿ya está dispuesta la mesa me alegro tambien.

Eugenia. Deseaba hablarte, Gregorio.

Gregorio. Silencio, señora; ya he dicho á V. varias veces qu ahora no me llamo Gregorio; Gregorio murió hace mucho años y en su lugar apareció D. Roque Fenoll. Cuidado con qu se le escape á V. delante de nadie ese nombre.

Eugenia. (*Con ironia.*) Es verdad, me habia olvidado que al apoderarte de unas riquezas que no eran tuyas, que al arrebatar á sus padres una hija que no te pertenecia, habias tambien cambiado de nombre, así como cambiaste de situacion.

Gregorio. (*Mira á todas partes luchando entre el temor y la cólera.* Silencio, Eugenia, silencio.

Eugenia. Lo repito. Al cambiar de situacion...

Gregorio. Era natural; me transformé en otro hombre.

Eugenia. Sí, en otro hombre: antes de eso no te se podia culpa mas que de tu holgazaneria, de tu pereza, del mal trato que me dabas; despues... despues te se podian arrojar al rostro tres crímenes.

Gregorio. Calla.

Eugenia. No temas. Yo tambien soy tu cómplice, tambien tengo tanta culpa como tú, mas aun, porque tú lo hiciste po

interés, y yo he callado por miedo, por miedo, ¿lo entiendes? y sin embargo no ha transcurrido un dia, no pasa una hora en que el remordimiento no me torture. Cada vez que Rosa me llama su madre, está á punto de brotar de mis labios un «yo no lo soy, yo no merezco ese dictado tan dulce.»

GREGORIO. Pero tú no lo harás. (*Con amenaza.*)

EUGENIA. No lo he hecho, por miedo al castigo que pudiera resultarme. Entre los libros que tienes he visto el Código, lo he leido, y he encontrado en él que tanta pena tiene el criminal como el encubridor, y hace muchos, muchísimos años que lo soy tuyo.

GREGORIO. Pero merced á esos que tú llamas crímenes, y que no son mas que... negocios, disfrutas de una posicion desahogada; tienes cuanto deseas; te respeta todo el mundo y obtienes la consideracion de la sociedad.

EUGENIA. ¿Y esta posicion te la he pedido alguna vez? Mas contenta estaba cuando cosia para mantenernos, por mas que tú lo sabias agradecer muy poco, que ahora. Dices que tengo cuanto deseo; error, Gregorio...

GREGORIO. ¿Otra vez?

EUGENIA. Me falta la paz de la conciencia, que es el todo. Has dicho que se me respeta, y no es verdad.

GREGORIO. ¿Quién te falta al respeto?

EUGENIA. Tú el primero.

GREGORIO. ¡Yo!

EUGENIA. ¿Respeta acaso á su esposa el marido que en orgías y en otras mujeres emplea el tiempo y su dinero? ¿Qué ejemplo de respeto dá quien á cada paso está faltando á él?

GREGORIO. Vamos, celos.

EUGENIA. No son celos. Ahora que estamos solos te puedo decir con franqueza lo que siento. Enamorada, muy enamorada me casé contigo. Tu conducta hirió mi corazon, pero te amaba á pesar de eso. El dia en que te ví encenagado en el crímen, te compadecí; mas hoy que te veo hombre sin honor, esposo sin delicadeza y sin cariño, y solo entregado al deleite que te proporciona un dinero mal adquirido; hoy que veo tu corazon encallecido ya por la perversidad, hoy te desprecio.

GREGORIO. ¡Eugenia!

EUGENIA. Lo repito. Mis pobres padres murieron y su herencia pasó á tu poder merced á esa niña que robaste á su madre. No tengo á quien quejarme, no tengo un seno amigo donde derramar mis lágrimas, y has llenado tanto el vaso de mi sufrimiento, que se desborda á pesar mio y me hace decirte cuanto siento. Es necesario poner un término á esta situacion.

GREGORIO. ¿Qué quieres decir?

EUGENIA. Que no puedo vivir así. Esa consideracion del mundo me sofoca y á cada paso estoy á punto de decir:» yo soy una miserable, una infame que usurpa una consideracion á que no tiene derecho. Yo soy la esposa de un criminal...»

GREGORIO. ¡Eugenia!

EUGENIA. De un criminal, sí; de un hombre que se ha enriquecido á costa de una infamia.

GREGORIO. ¡Eugenia!

EUGENIA. ¡De un ladron!

GREGORIO. ¡Miserable de ti! (*Va á lanzarse sobre Eugenia cuand aparece un criado en el foro.*)
EUGENIA. ¡Ah!
GREGORIO. Retírese V., señora. Me ha puesto V. en el caso de... (*En voz baja.*)
EUGENIA. Haberme muerto y de una vez concluyera de sufrir.
GREGORIO. ¿Qué quieres? (*Al criado.*)
CRIADO. Señor, acaba de llegar un hombre que dice llamars Jaime.
GREGORIO. Que entre: ya sé quién es. (*Vase el criado.*) Déjeme us ted solo. (*A Eugenia.*)
EUGENIA. Puedes pensar respecto á lo que te he dicho.
GREGORIO. Ni una palabra mas. Usted ha agotado mi sufrimiento y su insolencia necesita un castigo.
EUGENIA. Tantas veces has levantado tu mano sobre mí, qu una mas nada debe importarte.
GREGORIO. Basta. (*Aparece Jaime en el foro, donde se para contemplando á Gregorio y á Eugenia.*)
EUGENIA. Espero tu resolucion. (¡Dios mio! ¡Que yo haya querid á este hombre!) (*Vase por la primera puerta izquierda.*)

## ESCENA V.

GREGORIO *y* JAIME. (*Entrando.*)

JAIME. (Parece que tambien por aquí riñen.)
GREGORIO. Puedes acercarte, Jaime.
JAIME. Ya estoy á las órdenes de V. S.
GREGORIO. Te he mandado llamar....
JAIME. Sin duda porque habrá V. *diquelao* alguna hembra de m flor, ¿eh?
GREGORIO. Cierto.
JAIME. Yo lo dije en seguida. Llamarme D. Roque, conquista se gura.
GREGORIO. Es necesario que tengas mucha destreza.
JAIME. Me pinto solo para esas cosas.
GREGORIO. Es que esta es mas superior que todas.
JAIME. ¿Se trata de alguna marquesa?
GREGORIO. Por el contrario, de una pobre.
JAIME. Entonces segura.
GREGORIO. Pero una pobre virtuosa.
JAIME. Mientras *haiga trigo*, no hay virtud que se resista.
GREGORIO. Vuelvo á repetirte que debes ser muy diestro.
JAIME. Vamos, vamos, eche V. S. por esa boca. ¿Quién es y dónd vive ese tesoro?
GREGORIO. Vive aquí al lado de esta casa; su padre está medic loco y tiene un hermano que es artesano.
JAIME. ¿No es tambien de V. S. esa casa?
GREGORIO. Sí.
JAIME. Entonces V. S. ha podido adelantar mucho ya.
GREGORIO. ¿Cómo?
JAIME. ¿Pagan bien?
GREGORIO. No lo sé. Eso mi procurador.
JAIME. Pues averigüelo V. S. Si pagan bien, súbales el alquiler, y

si pagan mal, plántelos en la calle. De ese modo la muchacha se verá entre la espada y la pared.

REGORIO. Tienes razon.

IME. Ya lo creo. Como uno anda tanto por el mundo.....

REGORIO. Toma esta carta y llévasela á esa muchacha. Vé de arreglártelas de modo que no te encuentre el hermano. Tú la dices todo lo que creas conveniente.

IME. Descuide V. S. que en tratándose de ganar cuartos soy mas listo que Cardona.

REGORIO. Toma y anda. (*Le da algunas monedas*)

AIME. Esto se dice hablar en plata.

REGORIO. La chica se llama María.

AIME. No me hacia falta el nombre, pero en fin, mejor es saberlo. ¿Quiere V. S. algo mas?

REGORIO. Que me traigas una respuesta satisfactoria.

AIME. Esa puede V. S. contarla ya.

REGORIO. Anda con Dios.

AIME. Hasta mañana. (*Váse foro derecha.*)

## ESCENA VI.

GREGORIO.

Este Jaime vale un Perú; no hay un sabueso mejor que él para olfatear la caza y levantarla. Esa muchacha me hará olvidar el abandono de Joaquina; ¡Pche! esta es la vida, gozar y divertirse. Lo cierto es que yo he tenido una suerte inmensa. Con los cuartos de aquel pobre diablo de Blas, y los que nos dejaron los abuelos he realizado un capital fabuloso. Y despues dicen algunos tontos que el dinero mal ganado no luce... lo que es á mí bien me ha lucido. Ahora para acabar de arreglarlo todo, casaré á Rosa con el conde de S. Baudilio, que está arruinado, pero que disfruta de una gran consideracion en la córte. Ese será otro de mis negocios. Utilizaré sus relaciones, y adelante. En cuanto á mi mujer..... no quiero pensar en ella, porque seria capaz de cometer un disparate, y hoy debo ya meditar lo que hago. Vamos á ver á Rosa y la participaré mi resolucion. (*Váse primera puerta izquierda.*)

## ESCENA VII.

D. JOSÉ *en la habitacion pobre, desde la puerta.*

Aquí debe ser segun las señas que me han dado. No hay nadie. ¡Dios mio! qué miseria tan grande se respira aquí. Tantos años sin ver á esta pobre gente. Hace ocho dias que desembarqué, y este tiempo me lo he llevado en buscar á Blas, y á aquel miserable Gregorio, que así me dijo la esposa de mi amigo se llamaba el presunto autor del robo de mi fortuna. Si entonces hubiera podido detenerme..... Pero se habia escondido sin duda y no se le pudo encontrar. ¡Cuántas cosas han pasado en estos diez y ocho años! Mi desdichada esposa murió, mi hija me fué arrebatada por una mano infame, y el cielo, en compensacion sin duda de tantos dolores, ha bendecido mis ope-

raciones, y hoy soy millonario; pero esto no basta á llenar e vacío que existe en mi pecho. Si al menos pudiera hacer partícipes de mi fortuna á los hijos de mi pobre amigo..... (*Entrando en la habitacion y reparando en Blas.*) ¡Cielos! ¿Es Blas ese pobre anciano miserable y cadavérico? Sí: Blas, amigo mio

BLAS. ¡Nó!... ¡nó!... ¡hambre!... ¡hambre!... ¡frio!...

D. JOSÉ. ¡Oh! desgraciado: ¿no me conoces, no te acuerdas de mi

BLAS. ¡Quieres robarme!... ¡ladron!... ¡ladron!... ¡ladron!... ¡nó!.. ¡nó!... ¡Es mio!... ¡mio!... ¡ja! .. ¡ja!... ¡ja!...

D. JOSÉ. ¡En qué situacion vuelvo á encontrarle! Pobre amig mio! Y sus hijos no están aquí!..... Tal vez se hallen trabajando para ganar un pedazo de pan. ¡Oh! yo volveré, y mi riquezas serán para ellos. Voy á continuar mis averiguaciones respecto á aquel Gregorio, causa del estado de este infeliz. Dejaré aquí algun dinero para cuando vuelvan los hijos de Blas. Con eso hoy podrán solemnizar mi llegada. Adios mi pobre amigo, hasta despues. (*Deja algunas monedas sobr una silla.*)

BLAS. Duro... frio... tengo hambre... pan!

JOSÉ. Se me parte el corazon viendo su estado. Volveré despues (*Vase.*)

## ESCENA VIII.

BLAS, *despues* JAIME.

BLAS. (*Intenta salir, pero un estremecimiento de debilidad le hace retroceder de nuevo.*) Sí... sí... la caja... la... ¡El!... yo no... ¡ah!.. frio... ¡mucho frio!... hambre... ja... ja... seis mil!... Grego.. Gregorio... sangre...! ja!... ja... ja... (*A cada una de estas frases hay que darle entonacion distinta, pues espresa cada una un idea que se le ocurre.*) ¡Vienen!... la caja... no... no... es suyo.. ¡ah! (*Cae arrimado á la pared.*)

JAIME. (*Desde el foro.*) Este es el cuarto. ¡Diablo! qué desmantelad está. Y no hay nadie. ¡Ave María! Pues señor, nadie contesta. (*Entra en la habitacion.*)

BLAS. Frio... mucho frio!

JAIME. ¿Eh? ¡quién habla por ahí! ¡Cáspita, qué ojos! Eh, buen amigo.

BLAS. Pan... pan...

JAIME. ¡Ah! este debe ser el loco. Buena vista para un ciego. ¡Hola! camarada, ¿qué tal?

BLAS. Quiero comer.

JAIME. Si, ¿eh? Vaya un deseo. Mira, tu hija puede darte.

BLAS. Frio...

JAIME. Ya lo creo: aquí se hielan hasta las palabras.

BLAS. Pan... dame pan. (*Coge el troncho.*)

JAIME. Por lo visto, no está la muchacha: si supiera que no habia de tardar. Oye tú, ¿sabes si vendrá pronto tu hija?

BLAS. (*Retrocede con gesto feroz, creyendo que trata de quitarle el troncho, y durante toda la escena tiene la vista fija en Jaime.*) No, no... vete .. vete, ladron... no me robes... te mataré.

JAIME. ¡Diablo! este es capaz de hacerlo en medio de su locura. ¡Que miradas! Juraria que sentia miedo. ¡Calle! (*Mirando la

*silla.*) ¿qué es eso? ¡Oro! ¡Y se queja el tuno este de que tiene hambre! Vean Vds. por donde voy á salir mejor librado de lo que creí. Dejo esta carta por cualquier parte, la chica la encontrará, y yo ya trataré de verla en la calle. Me llevo estos cuartos y... caramba con el lio, no cesa de mirarme. Pues, maldita la gracia que me hacen sus ojos.

BLAS. Quiero pan. Si... te mataré... te mataré.

JAIME. Gracias por el deseo. Me acercaré con precaucion á la silla. (*Se acerca á la silla y coge el dinero.*)

BLAS. Tengo frio... mucho frio.

JAIME. Compadre, te has lucido. Ahora diviértete como puedas. Ahí queda eso. (*Deja la carta sobre una silla.*) Con estos diez duros ya puede un hombre divertirse un dia. Adios, viejo, hasta otro rato. (*Vase corriendo por el foro.*

## ESCENA IX.

BLAS *y* ROSENDO.

*Blas se dirige á la puerta, repara en la carta y la coge. Luego la tira con enfado, recorre la habitacion y se deja caer en el jergon.*

BLAS. Se marcha... yo... yo tambien... quiero pan... tengo frio... solo... ¡ah! papel... nada... solo... comer... darme de comer.

ROSENDO. ¿Para qué vuelvo á mi casa si no puedo traer recurso alguno? ¿María? Habrá salido á buscar trabajo. Trabajo; ¿y es posible encontrarle cuando se necesita? Tantos hay que le buscan y no le encuentran.....

BLAS. Pan.

ROSENDO. ¡Pobre padre! Perdona si tu hijo vuelve á su casa conforme ha salido de ella. Muchas horas hace que por mis labios no ha pasado alimento alguno, y sin embargo no es mi necesidad la que siento, es la tuya, pobre anciano, á quien la desgracia ha conducido á este estremo.

BLAS. No hay fuego... tengo frio.

ROSENDO. Quién sabe si mañana nos echarán de este miserable albergue. ¡Oh! hay momentos en que necesito reunir todo mi valor para no cometer un crímen. Hoy pasaba por la puerta de una panadería y he permanecido mucho tiempo delante de ella. Mis manos se estendian convulsivamente hácia aquellos panes que escitaban mi apetito; resonaba en mi oido la voz de mi padre que me pedia pan; me parecia ver á mi hermana desfalleciendo de hambre, y... ¡Dios mio!... cuántos esfuerzos he tenido que hacer para resistir á la tentacion.

BLAS. (*Acercándose á su hijo y cogiéndole del brazo.*) Pan..... dame pan... ¿oyes?... tengo hambre... te robaré... pan.

ROSENDO. Padre mio, ¡no tengo!

BLAS. Te mataré.

ROSENDO. ¡Padre!... (*Con desesperacion* ) Señor, Señor... ¿qué hace un hijo cuando se encuentra en este caso? (*Escuchando.*) Parece que sube gente por la escalera. Sí, vienen por el corredor... ¿si será mi hermana?. (*Aparece Rosa y Rosendo retrocede llevándose las manos al corazon.*) ¡ah!

## ESCENA X.

*Dichos y* Rosa.

Rosa. ¡El!
Rosendo. ¡Ella!
Blas. Pan. (*Breve pausa.*)
Rosendo. ¡Padre... señorita!
Rosa. Espérame ahí. (*Al criado.*) Me alegro encontrar á mi libertador para repetirle de viva voz las frases de agradecimiento que mas de una vez mi corazon le ha dedicado.
Rosendo. Señorita, nada he hecho para merecer ese agradecimiento.
Rosa. Su modestia, escesiva en esta ocasion, no puede influir en nada para el afecto que su proceder me inspiró.
Blas. ¡Pan, tengo hambre!
Rosendo. ¡Padre!
Rosa. ¿Es su padre de V.?
Rosendo. Sí, señorita; mi desgraciado padre privado de razon hace muchos años.
Rosa. ¡Cuánto habrá V. sufrido!
Rosendo. Y sufro. Veo su situacion, y aparte del sentimiento que esto me causa, el encontrarme sin trabajo, el no poder atender á las necesidades de mi familia, me desespera.
Rosa. ¿Tiene V. madre?
Rosendo. Tengo una hermana.
Rosa. Yo hablaré á mi papá, y tal vez encuentre una colocacion para V.
Rosendo. Es V. muy buena, y en mi corazon resuenan todavía las primeras palabras que me dirigió aquella tarde, así como jamás se ha borrado su imágen de mi pensamiento.
Rosa. Yo tampoco le olvidé y hoy bendigo la casualidad que me ha proporcionado la satisfaccion de encontrarle.
Rosendo. ¿Cómo ha podido V. saber donde vivia?
Rosa. Lo ignoraba cuando vine. Vivo aquí al lado y la noticia de su desgracia habia llegado á mis oidos.
Rosendo. Y venia V. á socorrer á la miseria...
Rosa. No se ofenda V.
Blas. Pan... yo tengo frio.
Rosa. (*Va á él y le entrega algunas monedas de oro.*) Tome V. para pan.
Rosendo. (*Contemplándola con tristeza.*) (¡Y tener que admitir limosna de ella! ¡Dios mio, dadme valor!)
Rosa. ¿Qué tiene V.?
Rosendo. ¡Ah! Nada, señorita, nada. La gratitud, y la vergüenza que me causa mi estado.
Rosa. ¡Vergüenza! ¿de qué? ¿Ha cometido V. una mala accion y por ella se ve V. así? ¡Que es V. pobre! si es V. honrado, ostente V. su pobreza con orgullo.
Rosendo. Al pobre, señorita, se le desprecia.
Rosa. No diga V. eso. Yo soy rica y tanto mi madre como yo consideramos á los pobres como á nuestros hermanos. Mas les estimamos si son honrados, que á nuestros iguales en posicion.

No desespere V. y algun dia cesarán las escaseces que hoy tienen.

ROSENDO. Es V. un ángel.

ROSA. Hablaré á mi padre y volveré para traerle alguna buena noticia.

ROSENDO. Su presencia sola basta para atenuar en parte los dolores que me aquejan.

ROSA. Adios. Cuide V. mucho á su padre, y cuando vuelva desearia conocer á su hermana.

ROSENDO. La enseñaré á bendecir como yo el nombre de V.

ROSA. (¿Por qué sus palabras resuenan tan dulcemente en mi pecho?) Adios.

ROSENDO. Vaya V. con él, señorita. (*Rosa sale por el fondo y Rosendo la acompaña. Blas juega con las monedas y se levanta.*)

BLAS. ¡Oro!... ¡la señora!... pan... mucho pan... tengo oro... no... no es mio... está en la caja... no quiero... pan... ya vienen... no... no... ten... ten... ja... ja... ja...! (*Tira las monedas por la ventana.*)

## ESCENA XI.

GREGORIO, *el* CONDE *y* ORTEGA *en la casa rica.* ROSENDO, MARÍA *y* BLAS *en la pobre.*

GREGORIO. Ea, señores, vamos á comer que el baile nos espera.

CONDE. Es el primero de máscaras y promete ser lucido.

ORTEGA. Allí estará tu conquista, Roque, ¿no es así?

GREGORIO. Ya está en baja este papel.

CONDE. Es necesario convenir en que es V. un seductor infatigable.

GREGORIO. Las mujeres son instrumentos de placer que es preciso renovarlos sin cesar para que no cansen. Vamos á la mesa. (*Se sientan y los criados principian á servir la comida. María aparece en la casa pobre sostenida por Rosendo.*)

ROSENDO. Entra, hermana mia, entra.

MARÍA. En ninguna tienda me han dado labor. No puedo sostenerme mas.

BLAS. Pan...

ROSENDO. Esa señorita que habrás encontrado en la escalera, compadecida de nuestra miseria, ha dejado á padre algunas monedas de oro.

MARÍA. Rosendo, hermano mio, estoy muriéndome de hambre y de cansancio.

CONDE. Bebamos de este Burdeos que Fenoll reserva á sus amigos.

ORTEGA. A la salud del bolsista mas afortunado que hay.

GREGORIO. Gracias.

ROSENDO. (*A Blas.*) ¿Y el dinero, padre?

BLAS. ¡Pan!... ¡dame pan!

ROSENDO. (*Mirando á todas partes.*) Si lo tenia en la mano. ¿Padre, y el oro que le ha dado esa señora?

BLAS. Oro... no, mio, no... alli... (*Señalando la ventana.*) Ahí... pan... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!

ROSENDO. ¡Desdichados de nosotros!

MARÍA. ¿Qué es?

ROSENDO. Que padre ha tirado sin duda esas monedas que eran nuestra única esperanza.

MARÍA. Dios mio, yo no puedo mas.

ROSENDO. Esto es horrible.

BLAS. Pan...

ROSENDO. Vuelvo, hermana mia. Yo te traeré pan. (*Vase desesperado por el fondo.*)

GREGORIO. Veinte mil reales me costó el último aderezo de Lelia y con eso terminé la cuenta de sus gastos y de mis amores.

MARÍA. (*Llamando.*) ¡Rosendo! Se ha marchado... Quizás en su desesperacion sea capaz de... ¡padre!

BLAS. Dame pan.

MARÍA. Padre, vamos á pedir una limosna y á buscar á Rosendo.

ORTEGA. Ahí va Oporto.

CONDE. Por la nueva conquista de nuestro anfitrion.

GREGORIO. Ya lo merece, ya.

BLAS. ¡Pan... pan!

MARÍA. Vamos á implorar la caridad pública.

GREGORIO. A beber.

MARÍA. ¡Señor, dadme vuestro apoyo!

ORTEGA. Bebamos.

BLAS. ¡Pan... quiero pan!

(*Risas y algazara en casa de Gregorio. María hace levantar á su padre, y apoyado en ella le conduce al foro. Telon.*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.



Decoracion de calle Puerta grande á la izquierda en segundo término con dos faroles sobre ella y un letrero donde dice «Teatro. Baile de máscaras.» Durante el acto se ven entrar varias máscaras de ambos sexos y algunas personas sin disfraz. La orquesta se escucha á intérvalos.

## ESCENA PRIMERA.

D. José, *saliendo por la primera calle, derecha.*

Aun no he podido descubrir á ese hombre. Me parece que le conoceria entre mil y eso que no pude verle mas que un instante. Cuando la esposa de Blas me dijo que el nombre que su marido pronunciaba era el de él, ocurriéronse aquellas facciones á mi memoria y no las he podido olvidar. (*Cruzan algunas máscaras por el foro y entran en el baile.*) Hé ahí el mundo. Quizás entre esas máscaras que tan alegres y bulliciosas se dirigen al baile, haya muchas mas pobres que yo, y sin embargo gozan mas. A mí me falta lo principal, la dicha que habia concentrado en una mujer querida y una hija por quien habria arrostrado la muerte sin vacilar.

## ESCENA II.

Dicho *y* Rosendo *por la primera calle, izquierda.*

Rosendo. Varias veces he intentado tender mi mano á las personas que pasaban junto á mí, y me ha faltado el valor en ese instante supremo. ¿Cómo estará mi padre? ¿Cómo estará mi hermana? Veamos si este caballero...

D. José. (*Dirigiéndose hácia Rosendo.*) Voy á buscar á Blas. Al menos ya que no encuentre al verdadero culpable, socorreré á sus víctimas.

Rosendo. Caballero, suplico á V. se sirva escucharme algunos instantes.

D. José. Hable V.

Rosendo. Soy un obrero que carece de trabajo; tengo un padr una hermana que desfallecen de hambre y de miseria; no la holgazanería la que me ha lanzado á la calle, sino la de gracia. ¿Quiere V. hacerme la caridad de socorrerla?

D. José. (Qué lenguaje. Y hay en su fisonomía algo de simpático noble que atrae y cautiva.)

Rosendo. (*Dando un paso para retirarse.*) Usted dispense si le molestado.

D. José. ¿Dónde va V.?

Rosendo. La miseria no debe ser importuna, caballero. Compre do muy bien que el espectáculo de esta llaga que tiene sociedad no haga muy buen efecto á los ojos que no está acostumbrados a verla sin cesar. Vuelvo á repetirle que m dispense.

D. José. Está V. en un error, amigo mio; para mi, de quien juzga V que no estoy acostumbrado á ver esa llaga social que se llam miseria, todos los pobres son mis amigos, todos los desgra ciados mis hermanos. Ya que la fortuna me ha puesto e situacion de enjugar algunas lágrimas y de mitigar vario dolores, no quiero jamás sustraerme á eso que considero u deber. Tome V. y socorra á su familia. (*Le da una moneda.*)

Rosendo. ¡Oh! gracias. Pero me parece que se ha equivocado V

D. José. ¿En qué?

Rosendo. En la cantidad. Para una limosna es escesiva.

D. José. Yo no hago limosnas, jóven. Yo presto y nada mas.

Rosendo. Pero yo no sé cuándo podré devolverle esta cantidad.

D. José. Mis préstamos no me los ha de reintegrar la persona á quien los hago. Me los paga Dios con la satisfaccion que me proporciona.

Rosendo. Tiene V. un noble corazon.

D. José Si de corazones tratamos, en lo poco que he podido juzgar el de V., me parece superior al mio.

Rosendo. No diga V. semejante cosa.

D. José. Usted ha recibido una educacion que dista mucho de la situacion en que se encuentra hoy.

Rosendo. Es verdad. Mis padres se sacrificaron y me hicieron aprender lo que hoy me sirve muchas veces de entorpecimiento para acomodarme á mi posicion.

D. José. No le pese á V. esa educacion. Tome V. esta tarjeta y venga V. á verme. Quizá se convencerá de que esa buena educacion y esos sentimientos que desde la niñez brotan, pueden servir algun dia. Lleve V. á su familia lo que mas falta le haga. (*Vase por el foro derecho.*)

Rosendo. Gracias, señor, gracias, en nombre de mi padre y de mi hermana.—Se ha marchado: noble corazon que ha querido sustraerse á mi agradecimiento, pero me ha dejado las señas de su casa y yo iré á verle, no para pedirle mas, sino para significarle cuán agradecido estoy á sus palabras. Corramos á llevar á María y á mi padre el alimento de que carecen. (*Vase por la primera calle izquierda.*)

## ESCENA III.

MARÍA *y* BLAS *por el foro izquierdo.*

MARÍA. Por aquí, padre, por aquí. En este teatro dicen que hay baile de máscaras. Tal vez los que van á divertirse tengan alguna moneda para los que padecen.
BLAS. Frio... mucho... frio!
MARÍA. Sí, padre, sí que hace frio. ¡Señor! ¡Señor! no abandones al pobre anciano que carece de razon pero no de sensaciones.
BLAS. Dame pan.
MARÍA. Ahora, padre. Tenga V. un poco de paciencia.
BLAS. No, no.
MARÍA. Haced, Dios mio, que no se irrite como otras veces, y me maltrate en su locura.
BLAS. Dame.
MARÍA. Ahora. Dentro de un instante. Me parece que se distinguen algunas máscaras por este lado. Sí.
MÁSCARA 1.ª Te digo que bailaré con ella y la llevaré á cenar.
TODOS. ¡Bravo! ¡bien!
MARIA. ¿Me dan Vds. una limosna por amor de Dios?
MÁSCARA 1.ª Estos diablos de pobres por todas partes abundan. Aparta.
MARÍA. ¡Dios mio! ¿Acaso para negar una limosna es necesario tratar con tanta dureza? Dadme fuerzas, Señor. Es una prueba harto terrible la que estoy pasando, y temo no poder llegar hasta el fin.
BLAS. Pan... pan... ¡tengo frio!
MARÍA. Madre mia, si tú desde el cielo ves el sufrimiento de tu hija ¡cuánto no padecerás!
BLAS. Hambre, mucha hambre.
MARÍA. Ya lo sé, pobre padre, harto lo sé por mi desgracia.

## ESCENA IV.

DICHOS, D. JOSÉ *por el foro derecho.*

D. JOSÉ. No sé qué estraña atraccion tiene para mí este sitio que siento deseos de permanecer en él. ¿Por acaso mi corazon presentirá algun acontecimiento? He andado un poco por esa calle inmediata y un deseo irresistible de volver aquí me ha impelido á abandonar la direccion que llevaba.
MARÍA. Caballero, una limosna para mi pobre padre que está imposibilitado.
D. JOSÉ. Toma.
MARÍA. Dios se lo pague.
D. JOSÉ. ¡Cuánta miseria! Hé ahí al mundo. Mientras unos se divierten ahí dentro, bajo una atmósfera caliente y sobre mullidas alfombras, otros aquí en la calle sufriendo el frio y el agua, tal vez no hayan comido en muchas horas. Quizás esté en este baile el miserable que arrebató mi fortuna y la razon de mi pobre amigo. ¡Oh!... ¡si lo supiera!
BLAS. Pan... pan.

MARÍA. Silencio, padre, vamos á comprarle. Vamos, levante usted. Allí se ha detenido un coche. Me parece que bajan algunas personas. Sí, se dirigen hácia aquí. Veamos si completan la obra que ese buen caballero ha empezado.

D. JOSÉ. No le encontraria tal vez (*Va á salir por el foro izquierdo y tropieza con el Conde y demás que salen por dicho foro.*)

## ESCENA V.

DICHOS, GREGORIO, *el* CONDE, ORTEGA.

CONDE. ¡Caramba! ¡Usted en Barcelona!

D. JOSÉ. Adios, conde.

CONDE. ¡Quién habia de decir el año pasado cuando nos encontramos en Lóndres, que habiamos de volvernos á ver en Barcelona!

D. JOSÉ. Eso sucede muy frecuente en los que viajan.

GREGORIO. (¿Dónde he visto yo á este hombre?)

CONDE. Roque, tengo el gusto de presentar á V. á mi amigo D. José Romero, rico capitalista de los Estados-Unidos.—D. Roque Fenoll, uno de los mas afamados banqueros de Barcelona. Raimundo de Ortega, agente de bolsa.

GREGORIO. Celebro esta ocasion que me proporciona el placer de ofrecer á V. su casa y mi amistad.

D. JOSÉ. Igualmente. (¡Esta voz!... ¡estas facciones!)

CONDE. ¿Viene V. al baile?

D. JOSÉ. No: casualmente iba ya hácia casa.

MARÍA. Nobles señores, una limosna por amor de Dios.

GREGORIO. Déjanos en paz. Vete.

ORTEGA. Toma. (*Dándole una moneda.*) No es justo que nosotros nos divirtamos y ella sufra.

GREGORIO. La mayor parte de esas miserias son fingidas.

ORTEGA. No importa.

CONDE. Conque, amigo mio, no quiero entretenerle mas. La noche está fresca, y...

D. JOSÉ. Tiene V. razon. Ya nos veremos, pues ya le he dicho dónde tiene su casa.

CONDE. Pasaré á verle.

D. JOSÉ. Cuando V. guste.

CONDE. Adios.

GREGORIO. En mí tiene V. un amigo. (*Se dirige con Ortega y el conde al baile.*)

D. JOSÉ. Mil gracias. Adios, señores.... Ese hombre.... ah! ya caigo..... (*Llamándole.*) ¡Gregorio!

GREGORIO. ¡Oh! (*Volviéndose involuntariamente.*)

ORTEGA. ¿Qué?

GREGORIO. Nada. (*Entran en el teatro.*)

D. JOSÉ. ¡Ah! ¡conque no me habia engañado! Corazon mio, gracias, gracias. Ahora se llama Roque Fenoll, corramos á averiguar dónde vive. (*Vase por el foro derecha.*)

## ESCENA VI.

MARÍA, BLAS, *despues* GREGORIO.

MARÍA. Vamos, padre, vamos, somos ricos, tenemos dos pesetas.
BLAS. Pan..... pan.
MARÍA. Sí, padre, sí. Vamos á buscarlo. Ahora ya podrá V. comerlo.
GREGORIO. (*Saliendo.*) Al escuchar mi nombre, no he sido dueño de contenerme. ¿Quién puede haberme conocido? Si acaso ese amigo del conde cuya fisonomía recuerdo sin poder adivinar dónde la he visto.....
BLAS. Frio..... mucho frio.
GREGORIO. ¿Eh? ¿qué es eso?
MARÍA. Vamos, padre.
GREGORIO. ¡Calle! La muchacha que vive en mi casa.
MARÍA. Caballero, mi pobre padre no puede moverse y no tengo fuerzas para levantarle.
GREGORIO. Escucha, niña, sabes que yo puedo darte cuanto apetezcas por solo una palabra tuya.....
MARÍA. Señor, mi padre hace muchas horas que no ha comido, no puede moverse, y.....
GREGORIO. Te ayudaré, ¿pero en cambio qué me darás tú?
MARÍA. Mi agradecimiento.
GREGORIO. Poco es.
BLAS. Pan, dame pan.
MARÍA. Ayúdame V., señor.
GREGORIO. Voy, mas... . (*Al ir á levantar á Blas, le reconoce y retrocede con el temor retratado en su fisonomía. Blas que tambien repara en él se incorpora figurando por un instante que va á recobrar la razon. Despues vuelve á dejarse caer riendo. María los contempla sorprendida.*) ¡Cielos! ¡Blas!
BLAS. No... no!.... ¡él... él... Gre... Gre... la... ladron!
MARÍA. Padre.
BLAS. Sí, sí, ladron.....
GREGORIO. ¡Maldito encuentro!
BLAS. ¡Ladron!... ¡pan... ja... ja... ja!
MARÍA. ¡Padre!
GREGORIO. (Me salvé). (*Vase precipitadamente por el foro izquierda al ver caer á Blas acurrucado riéndose. Telon rápido.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.



Dividido el teatro como en el acto 1º Es de noche.

## ESCENA PRIMERA.

GREGORIO y ROSA *en la casa rica.*

GREGORIO. He querido hablar contigo antes que empiece el baile, porque esta noche va á inaugurarse, por decirlo así, una nueva era en tu vida.
ROSA. No comprendo lo que quieres decir, papá.
GREGORIO. He pensado casarte.
ROSA. ¡Casarme!
GREGORIO. Ya tienes edad suficiente para ello y conviene á mis intereses que cambies de estado.
ROSA. ¿Te pesa acaso tenerme á tu lado?
GREGORIO. No es eso. La mujer, y la mujer de tu posicion sobre todo, llega á una edad en que es necesario que tome esposo y forme una de esas alianzas que añaden á la casa mayor lustre y la rodean de mayor prestigio.
ROSA. No comprendo una sola palabra de cuanto dices. Solo he oido que tratas de casarme, de separarme del lado de mi buena madre, del tuyo, y no puedo conformarme con eso. Me encuentro muy bien junto á vosotros y no apetezco mas.
GREGORIO. Vamos, niña, no digas tonterías.
ROSA. Califícalas como quieras, pero yo sé decirte que no tengo mas cariño que el tuyo y el de mamá y con ellos soy muy dichosa.
GREGORIO. Tambien lo serás con tu esposo.
ROSA. ¡Mi esposo! ¡mi esposo! Vamos, papá, yo no puedo acostumbrarme á pronunciar esa palabra.
GREGORIO. Es preciso que te acostumbres. Yo he dispuesto de tu mano y quiero que obedezcas.

ROSA. Pero si yo no quiero á nadie mas que á vosotros.

GREGORIO. Querrás á tu marido tambien.

ROSA. Imposible. Si te empeñas en que esa union se verifique, me harás desgraciada.

GREGORIO. Con el conde, que es á quien he ofrecido tu mano, serás feliz.

ROSA. El conde..... la persona mas antipática que hay para mí.

GREGORIO. El conde te llevará á Madrid, penetrarás en los mas elevados círculos de la corte, tu vida pasará entre placeres y diversiones, y serás la mas envidiada de las mujeres.

ROSA. Casualmente me estás ofreciendo todo lo que no apetezco. A toda esa existencia prefiero la modesta de una mediana posicion junto á un hombre que quiera y de quien sea estimada, no por mis riquezas, sino por mí. Esto me lo ha dicho mamá muchas veces y yo estoy muy conforme.

GREGORIO. Tu madre es una loca y tú una tonta. Yo he dado mi palabra, me he comprometido ya, conviene á mis intereses que se verifique esa union, y tu voluntad nada me importa; por lo tanto disponte á recibir esta noche al conde como á tu futuro esposo.

ROSA. ¿Es decir, que para tí nada significará el sacrificio de tu hija?

GREGORIO. Dale con el sacrificio. Serás feliz. Estás imbuida en las simplezas de tu madre y nada mas.

ROSA. Con el conde, persona á quien no puedo ver, seré muy desgraciada. Papá, por Dios, evítame ese dolor.

GREGORIO. He dicho que me conviene esa boda, y es suficiente.

ROSA. Y á tu conveniencia sacrificas la ventura de tu hija.

GREGORIO. Ea, no admito reconvenciones. Mando una cosa y quiero ser obedecido.

ROSA. Mas...

GREGORIO. ¡Se acabó! Dentro de poco llegarán nuestros contertulios y te presentaré á ellos como la próxima esposa del conde.

ROSA. Papá...

GREGORIO. Basta. Dentro de quince dias darás tu mano á quien te he dicho. (*Vase por el foro.*)

## ESCENA II.

ROSA.

¡Dios mio! ¿Qué quiere decir este dolor que siento? ¿Yo casarme con el conde? Yo, de quien dice mi madre que siento amor por ese jóven que me salvó, y .... Ahora parece que su imágen se presenta con nueva fuerza á mi pensamiento. Sí, sí: su voz resuena en mi oido, y su voz es mas triste y mas melancólica que nunca. Papá dice que conviene á sus intereses esta union. ¡Desdichada de mí! Veré á mi madre y ella me prestará su ayuda. (*Vase por la segunda puerta derecha.*)

## ESCENA III.

MARÍA, ROSENDO *y* BLAS *en la casa pobre.*

ROSENDO. Por fin, merced al socorro que anoche me dió aquel caballero y á lo que tú pudistes recoger, hemos comido hoy y hemos podido proporcionar á ese pobre anciano un lecho mas cómodo y un poco de fuego para que se caliente.

MARÍA. ¿Has estado á ver á ese caballero?

ROSENDO. Sí; pero en la fonda me han dicho que para muy poco y no he podido encontrarle.

MARÍA. De trabajo ¿nada has hecho?

ROSENDO. Sí, nada te quise decir y esta tarde me puse á trabajar de peon en las obras que se hacen en las afueras.

MARÍA. ¿Y qué?

ROSENDO. Que mis manos son demasiado finas y mis brazos harto flojos para acarrear espuertas y emplearse en aquella clase de trabajo. Estenuado de fatiga he tenido que abandonar aquel sitio antes que esponerme á la rechifla de mis compañeros, que mas robustos y mas acostumbrados desempeñaban perfectamente su tarea.

MARÍA. ¡Pobre hermano mio!

BLAS. ¡El!... ¡Gregorio!... ¡Robar!

MARÍA. Desde anoche que no cesa padre de pronunciar esas palabras.

ROSENDO. Son las que se refieren al incidente que le arrebató la razon.

MARÍA. Vió á un caballero, como ya te he dicho, y creí que iba á recobrar la inteligencia al ver el cambio que se efectuó en su semblante.

ROSENDO. ¿Y quién era ese caballero? ¿No lo pudisteis averiguar?

MARÍA. No.

ROSENDO. Estraño es eso. Si será por casualidad el infame que, segun nuestra buena madre, tenia la culpa de todo.

MARÍA. ¡Quién sabe!

BLAS. Una caja... él... yo, yo... no.

ROSENDO. Dime, María; esa carta que te he dicho si conocias, ¿no sospechas de quién puede ser?

MARÍA. A sospecharlo, no tú, yo misma habria contestado como debia.

ROSENDO. Todo el mundo se cree con derecho para insultar á la miseria, y ese amor que te ofrecen en ella, es un amor infame, es una bajeza que deshonra para siempre, por mas que durante algunos dias se la trate de cubrir con un traje de seda.

MARÍA. Y no sé cuándo pueden haber traido esa carta.

ROSENDO. A cualquier hora. Como el estado de nuestro padre nos obliga á dejar abierta esa puerta, puede entrar quien quiera

MARÍA. Y esa señorita que estuvo ayer, ¿no has vuelto á verla?

ROSENDO. No me hables de ella, hermana. No sé qué estraña influencia ejerce en mí, que su imágen va conmigo á todas partes, y no quisiera.

MARÍA. ¿Por qué?

Rosendo. Estraña pregunta es en tí, que participas de nuestra miserable condicion y sabes la distancia que hay hasta la suya.
María. ¡Cómo! ¿La amarias acaso?
Rosendo. No lo sé.
María. ¡Pobre hermano mio!
Blas. ¡El solo... Gregorio!... seis... seis mil...
Rosendo. Se ha fijado en esa idea, y será preciso que le llevemos á los paseos, á todas partes, por si encontramos á ese hombre. Mañana trataré de ver al caballero que me socorrió anoche, y se lo diré todo.
María. Me parece que sube alguien la escalera.
Rosendo. Sí: vienen hácia esta parte.
María. ¿Quién será? ¡Ah! (*Aparece el procurador.*)
Rosendo. ¡El procurador de la casa!

## ESCENA IV.

Dichos *y* Pedro.

Pedro. Buenas noches.
Rosendo. Muy buenas las tenga V. Quisiera poderle ofrecer una silla, pero están en tan mal estado...
Pedro. No quiero sentarme. Voy á ser muy breve.
Rosendo. Como guste.
María. (Vendrá por el dinero que se le debe.)
Pedro. Ustedes no habrán pensado sin duda que ya ha vencido otro nuevo mes.
Rosendo. Está V. en un error: nosotros nos acordamos siempre de lo que debemos.
Pedro. Para no pagarlo.
Rosendo. Por el contrario, para condolernos por nuestra falta de recursos.
Pedro. Eso es: siempre lo mismo. Esto no puede continuar así.
María. Reflexione V. que los tiempos están muy malos, que el trabajo escasea, y...
Pedro. Yo no tengo nada que ver con eso. Cuando á mí me piden la contribucion no tengo mas remedio que pagarla, y sino me embargan. Yo no puedo hacerlo con Vds. así, porque toda esta miseria que aquí hay no sirve mas que para echarla á la calle.
Rosendo. No es culpa nuestra que el tiempo esté así.
Pedro. Ni mia. ¿Es decir que no hay dinero?
Rosendo. Se nos pasan muchos dias sin comer.
Pedro. Esa no es cuenta mia.
María. Mi padre ya ve V. cómo está.
Pedro. Haberlo llevado al hospicio. Lo que no sirve, se deja.
Rosendo. Basta, señor mio. A un hijo jamás sirve su padre de estorbo. El que nosotros le debamos, no le autoriza para que nos insulte.
Pedro. ¡Hola! Lo toma V. así, mejor. Pues sepa V. que si mañana á las ocho no me paga los seis meses que me debe, á las ocho y media tendrán Vds. los trastos en la calle y los albañiles en la casa.
Rosendo. ¡Miserable!
Pedro. Cuidado con las palabras, mocito.

María. Rosendo, por Dios.
Blas. Frio... él... Gregorio.
Pedro. Vaya una esperanza para el cobro.
Rosendo. Salga V. de aqui al momento.
Pedro. Ya me marcho. Pero no olvide lo que acabo de decirle.
María. Caballero, permítame V. una pregunta.
Pedro. ¿Qué?
María. ¿Dónde vive el dueño de la casa?
Pedro. ¿Piensa V. que él?...
Marìa. Deseo saberlo.
Pedro. Vive aquí al lado, en esta casa grande, pero será inútil que V. le vea.
María. Gracias.
Rosendo. ¡Desdichados de nosotros! ¿Qué hemos de hacer ahora?
María. Ten valor, hermano mio, ten esperanza.
Rosendo. Todo inútil.
María. ¡Quién sabe! (Voy á ver al dueño, le hablaré, y tal vez mis lágrimas consigan...) (*Se dirige hácia la puerta.*)
Rosendo. ¿Dónde vas?
María. Ya lo sabrás despues. Se me ha ocurrido una idea y quiero realizarla. (*Vase.*)

## ESCENA V.

Rosendo *y* Blas, Gregorio *en su casa.*

Rosendo. Anda, hermana, anda á implorar la caridad pública, y no encontrarás mas que insultos y desprecios. ¡Oh! antes que llegar un hombre á ser pobre, debiera quitarse la vida.
Gregorio. (*Saliendo por el foro con ademan preocupado.*) Jaime ha dicho que no pudo ver á la muchacha. ¡Qué hermosa estaba anoche á pesar de su haraposo traje! El dia que se vista de la manera que yo quiero, eclipsará á todas las mujeres de Barcelona. Pero ¿quién seria la persona que pronunció mi nombre? Ese pensamiento no puede apartarse un momento de mí.
Rosendo. Mañana ese pobre anciano se encontrará en la calle sin mas amparo que el de Dios. ¡Oh! eso no puede ser; yo no lo consentiré nunca.
Gregorio. Quizás fuera alguno que pasara y sin intencion llamó á cualquier amigo...
Rosendo. Por esta ventana se ve perfectamente el despacho de ese caballero que vive al lado. ¡Cuánto dinero tiene siempre! ¡Desde aquí es tan fácil bajar! Pero ¿qué estoy diciendo? Con una parte pequeñísima del dinero que he visto sobre su mesa podria mi padre continuar en su casa. Si se lo fuera á pedir, tal vez me lo negaria. (*Mirando por la ventana.*) Y el balcon está entornado nada mas. Esta noche, segun he oido cuando pasaba, tienen baile; estará entretenido y... ¡Dios mio, qué horrible pensamiento!
Gregorio. Eso será lo mejor: mañana la mandaré algun regalo, y cederá.
Rosendo. Siento unos deseos: es tal la tentacion que me acosa...
Blas. ¡Frio, tengo frio!

ROSENDO. Mañana, pobre padre, tendrás mas frio, tendrás mas hambre. ¡Oh! no vacilo. Señor, Señor, bien sabeis que no es por mí, es por él, por él, que quizás mañana será conducido á un hospicio ó á un hospital y separado de sus hijos.
BLAS. Dame pan.
ROSENDO. Tome V. Ahora que Dios sea conmigo. (*Salta por la ventana, despues de haber dado á su padre un pedazo de pan.*)

## ESCENA VI.

BLAS, EUGENIA *y* ROSA. (*Saliendo por la segunda puerta derecha.*)

EUGENIA. No tengas miedo, hija mia, yo te defenderé.
GREGORIO. ¿Eh? ¿Quién está ahi?
EUGENIA. Nosotras.
GREGORIO. ¿Estais vestidas ya para el baile? Los convidados no tardarán en llegar.
EUGENIA. Quisiera hablarte cuatro palabras respecto á lo que dijiste á Rosa.
GREGORIO. ¿Y á qué se refieren esas palabras?
EUGENIA. Debias adivinarlo, teniendo en cuenta la antipatía que Rosa profesa al conde.
GREGORIO. Esa antipatía me importa poco, pues ya he dicho que cuando mando una cosa se ha de hacer.
EUGENIA. ¿No has pensado en el grave compromiso que contraes con Dios y con el mundo enlazando tu hija con un hombre á quien no ama?
GREGORIO. Vamos, señora, dejémonos de simplezas, y no me venga V. ahora con sermones.
ROSA. Mamá, por Dios, no le exasperes.
EUGENIA. Cumplo con mi deber, hija mia. Gregorio, un padre no es mas que un administrador de la ventura de sus hijos (*en voz baja.*) Tú ni aun eso eres de Rosa.
GREGORIO. ¡Eugenia!
ROSA. ¡Mamá!
EUGENIA. No temas nada, hija mia. ¡Tiene tu padre tan buenos modales cuando habla con su esposa!
GREGORIO. En resúmen, señora, lo mismo digo á V. que he dicho á su hija.
EUGENIA. ¿A mi hija? (*Con intencion.*)
GREGORIO. Sí, señora, á su hija de V. Esa union ha de verificarse.
EUGENIA. No será.
GREGORIO. ¡Eugenia!
EUGENIA. No será porque Rosa ama á otro hombre.
GREGORIO. ¿Que ama á otro hombre?
EUGENIA. Sí, á otro que es mas pobre; pero que en cambio será quizá mejor que el que tú la destinas.
GREGORIO. Pues ahogará ese amor dentro del pecho, y dará su mano al que yo quiero.
EUGENIA. Hé ahi el padre bueno, el padre amante de sus hijos, el esposo cariñoso y fiel, que no vacila en vender su hija porque lo que tú haces no es más que una venta infame por los honores y los títulos del conde. A eso sacrificas la paz, la felicidad, la vida de una inocente criatura, como sacrificaste la dicha y la

tranquilidad de tu esposa. Quien obra así, ni es padre, ni es hombre honrado.

ROSA. Mamá ¡por Dios!

GREGORIO. ¡Señora!

EUGENIA. Lo repito. No eres padre, no puedes serlo. Rosa es un ángel, y los ángeles no pueden ser hijos de los hombres que se enriquecen por medio de...

GREGORIO. ¡Silencio!

ROSA. ¡Oh, cuánto me estás haciendo sufrir! Papá, consiente en que se rompa ese enlace, siquiera por ella.

GREGORIO. Te casarás con el conde.

EUGENIA. Rosa, no le ruegues Ese hombre tiene un corazon de piedra. Ese hombre es indigno de cualquier sentimiento honrado y bueno, ese hombre, escúchalo bien, porque ha llegado el momento de hablar y yo no puedo callar mas tiempo. Mi corazon se ahoga bajo el peso de tanta infamia, y no puedo resistir.

GREGORIO. ¡Eugenia! (*Mirando á todas partes entre temeroso y amenazador.*)

EUGENIA. Ese hombre principió su carrera con un crímen.

GREGORIO. ¡Miserable de tí!

ROSA. ¡Papá!

EUGENIA. Ese hombre robó unas riquezas que no eran suyas, y tú Rosa, tú, á quien hoy trata de sacrificar, no eres su...

GREGORIO. ¡Calla, calla!... ¡Ah! (*Va á lanzarse sobre Eugenia con ademan de castigarla. Rosa va á interponerse y cae desmayada en los brazos de su madre, al mismo tiempo aparecen los criados en el foro. Transicion de Eugenia y Gregorio. Este final llévese muy rápido.*

ROSA. ¡Papá!

EUGENIA. No es nada, no es nada, un ligero desvanecimiento. (*En este instante entra precipitadamente D. José en la casa pobre. Eugenia conduce á Rosa, desapareciendo por la segunda puerta derecha.*)

## ESCENA VII.

DICHOS, D. JOSÉ.

D. JOSÉ. Pronto, mi pobre amigo Blas, ven; ya sé dónde vive el asesino de tu razon.

BLAS. Frio... mucho frio.

D. JOSÉ. Ven en busca de Gregorio.

BLAS. ¡Gregorio! ¡El... él... ladron!

GREGORIO. (Esta mujer es menester que desaparezca antes que me comprometa.)

(*Incorpora D. José á Blas y salen por el foro.*) (*Telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

# ACTO CUARTO.



Salon de lujo. Como á la tercera parte de él una division que figura un gabinete donde está una mesa de despacho y la caja de dinero. Sillon delante de la mesa, sobre esta una luz. Balcon en el gabinete. En el salon puerta que comunica con el gabinete, dos al lado opuesto y una al fondo que deja ver otro salon. Es de noche.

## ESCENA PRIMERA.

GREGORIO *en el despacho, despues el* CONDE.

GREGORIO. Pues señor, estoy resuelto. En cualquier otra circunstancia no habria vacilado en dar á mi esposa lo que merece, pero hoy es necesario andar con piés de plomo. Mi posicion en el mundo me ata las manos, y es distinto una separacion voluntaria, de una separacion completa. Quizás mas tarde pudiera hacerse esto último. Esa mujer parece que se ha propuesto ser mi perdicion y lleva trazas de conseguirlo si no ando listo. Rosa me obedecerá porque no tiene otro remedio. Me conviene por muchas razones que se case con el conde; le he dado mi palabra y he de cumplirla. (*Aparece el conde por el foro á tiempo que sale Gregorio del despacho.*)

CONDE. Me han dicho los criados que estaba V. en el despacho, y hácia aquí me he dirigido sin ceremonias de ninguna clase.

GREGORIO. Ya sabe V. que deben escusarse entre nosotros.

CONDE. Mil gracias. ¿Y las señoras?

GREGORIO. En el tocador. La ocupacion mas interesante de una mujer horas antes de un baile es la del adorno de su tocado.

CONDE. ¡Oh! Pues en cuanto á eso puede V. decir que ha tenido suerte.

GREGORIO. ¡Suerte! ¿Por qué?

Conde. Ni Eugenia ni su simpática hija son aficionadas á recar-
garse con los ridículos adornos que la moda caprichosa in-
venta á cada momento.

Gregorio. En eso han seguido mis ideas. La sencillez á vece
constituye la verdadera elegancia.

Conde. ¿Habló V. á Rosita acerca del proyecto que tratamos?

Gregorio. Sí, señor.

Conde. ¿Y consintió en ser la compañera de mi vida?

Gregorio. Su consentimiento importaba muy poco habiendo asen-
tido yo.

Conde. Está V. en un error, amigo mio: para mí su aprobacio
es el todo.

Gregorio. Es cierto.

Conde. ¿Y es gustosa en esa union?

Gregorio. Las jóvenes, y mucho mas como ella, que sabe V. l
inocente que es, no pueden definir ni los deberes ni las satis-
facciones que el matrimonio produce. Al pronto las asusta
despues ya se acostumbran á él. Rosa se ha sorprendido co
tanto mas motivo cuanto que no lo esperaba.

Conde. ¿Y accede?

Gregorio. Sí, amigo mio, sí. Ahora es necesario que V. con s
trato, con su amabilidad, con su cariño, trate de infundirl
el afecto que hoy no puede sentir porque no ha existido l
intimidad que lo produce.

Conde. En cuanto á cariño, la profesaré todo el que hoy conser-
va mi corazon. Ni por mi edad, ni por las circunstancias es-
peciales de mi vida, puedo ofrecerla ese amor ardiente, impe-
tuoso y apasionado de los veinte años, amor que muchas ve-
ces suele ser un fuego fátuo que se estingue con suma rapidez
Mi amor, menos estremoso, menos halagador en la forma
será mucho mas seguro en el fondo. Rosa es acreedora á él.

Gregorio. Mi hija será dichosa al lado de V., de lo cual me feli-
cito, y deseo que esa union se verifique cuanto antes.

Conde. Por mi parte...

Gregorio. Además lo deseo tambien porque no presencie la se-
paracion de sus padres.

Conde. ¿Qué dice V.?

Gregorio. Que regularmente nos separaremos Eugenia y yo.

Conde. ¡Pero, amigo mio, esa resolucion tan repentina!

Gregorio. Usted ya sabe mis hábitos, mis costumbres. Algunas
locuras de mi vida son conocidas de mi esposa, quien tiene l
falta de prudencia de arrojármelas al rostro á cada paso. Es-
to produce disgustos. Yo trato de olvidarlos en medio de pa-
sajeros caprichos y esto aumenta el fuego en vez de dismi-
nuirlo. De aquí los reproches, las recriminaciones, las frases
duras y los disgustos domésticos. Para evitar esto he pensado
en una separacion.

Conde. Usted sabrá mejor que yo lo que se hace; pero me parece
que es un paso bastante delicado y que debe meditarse.

Gregorio. Creo que es el único medio de que ambos vivamos
mejor.

Conde. O peor tal vez.

Gregorio. En fin, allá veremos. Voy á buscar á Rosa con el ob-
jeto de que delante de V. repita las palabras que forman, po

decirlo así, el primer eslabon de la cadena que une dos corazones. (*Vase Gregorio por la puerta primera derecha.*)

Conde. Tendré sumo placer.

## ESCENA II.

Conde, *despues* Eugenia.

Conde. Mala marcha me parece que lleva mi futuro suegro. Sus calaveradas, y nada mas que sus calaveradas, han debido producir ese rompimiento de que se queja. Eugenia me ha parecido siempre una mártir, y su esposo no ha sabido apreciarla en lo que vale. Así encuentra uno en el mundo muchos hombres. Hacen el daño y despues se quejan de las consecuencias. (*Aparece Eugenia segunda puerta derecha.*)

Eugenia. Señor conde.

Conde. Señora. A los piés de V.

Eugenia. Dispénseme V., pero tengo que hablarle de un asunto interesante y los momentos son contados.

Conde. Estoy á sus órdenes.

Eugenia. ¿Y mi esposo?

Conde. En este instante acaba de pasar á las habitaciones de Rosa.

Eugenia. Precisamente de ella vengo á hablarle.

Conde. ¡De Rosa!

Eugenia. Sí, señor: vengo á hablar con el caballero antes que con el amante.

Conde. En mi encontrará V. siempre al primero antes que al segundo.

Eugenia. Mi esposo me ha anunciado que habia V. pedido la mano de mi... de Rosa.

Conde. Es cierto.

Eugenia. Los padres á veces creen que la felicidad de los hijos se obtiene con el dinero, con la posicion, con el fausto, pero las madres la vemos de distinto modo. Acostumbradas á tener siempre al lado á los hijos, estudiando sin cesar sus ideas, sus gustos y sus inclinaciones, solemos equivocarnos ¡con menos frecuencia.

Conde. Es una verdad.

Eugenia. Usted, conde, buscará en la mujer á quien trate de dar su nombre, un cariño, una afeccion tierna que constituya su felicidad en el momento en que trueque el velo de la vírgen por la corona de desposada, ¿no es así?

Conde. Sí, señora.

Eugenia. Creo á V. demasiado generoso, demasiado bueno, para que desee causar la desgracia de una pobre mujer y sujetarla bajo el peso de una coyunda que causaria su muerte.

Conde. Ni por un instante se me ha ocurrido semejante pensamiento. Es mas, hace poco decia á su señor esposo que yo anhelaba en la mujer el libre albedrío, la franca manifestacion de sus sentimientos respecto á mí.

Eugenia. Mi esposo tiene una venda que le priva de ver lo que debiera.

Conde. Segun eso, Rosa...

Eugenia. Rosa no puede profesar á V. mas que el afecto de l amiga, no el cariño de la esposa.

Conde. Segun eso su corazon está ocupado ya.

Eugenia. Ella misma no lo sabe: yo sí. El amor que ella sient es un amor irrealizable, porque su padre jamás consentirá e una union que segun sus máximas es deshonrosa.

Conde. ¿Acaso el que ama no es de su posicion?

Eugenia. Es un infeliz jóven que se encuentra en la indigencia.

Conde. ¿Y por un sér así desdeña y rechaza á una persona como yo

Eugenia. Señor conde, el corazon no se puede mandar, y es un madre la que está hablando con V.

Conde. Tiene V. razon, señora: dispénseme si en un momento d olvido he pronunciado alguna palabra inconveniente.

Eugenia. Está V. dispensado.

Conde. ¿Conque su deseo será que desista de esa union qu tanto me halagaba?

Eugenia. He apelado á su caballerosidad, le he hecho present el estado del corazon de Rosa. Ahora V. puede hacer aquell que guste.

Conde. Señora, jamás he cometido una villanía. En mi existenci podrá haber locuras, calaveradas, pero no malas acciones Desde este momento Rosa está libre, y tanto V. como ella siguen mereciendo toda mi estimacion y todo mi respeto.

Eugenia. ¡Oh! ¡gracias!

Conde. Y no crea V. que al decir esto deje de sentirlo. Cuando á mi edad se ama, es un cariño que se arraiga con mas fuerz en el corazon y que cuesta trabajo el arrancarle; pero la prometo que ni molestaré á Rosita, ni dejaré que hable mi cariñ á su padre.

Eugenia. Mi gratitud no encuentra palabras que decirle.

Conde. Silencio. Me parece que vienen: sí, (*mirando por la primer puerta derecha,*) aquí están.

## ESCENA III.

Dichos, Gregorio y Rosa.

Gregorio. Sal, hija mía. (*Reparando en Eugenia.*) ¡Ah! ¿estabas aquí?

Eugenia. Salí por casualidad y tuve la buena suerte de encontrar á este caballero.

Conde. La satisfaccion ha sido mia, señora.

Gregorio. Hija mia, tengo el gusto de presentarte al hombre á quien dentro de pocos dias vas á consagrar tu vida: á tu futuro esposo.

Conde. Es decir, si esa señorita acepta con placer esa coyunda.

Gregorio. Eso se supone. ¿No es así, Rosa? Habla.

Rosa. Puesto que papá lo exige...

Conde. No me satisface esa contestacion, Rosa, y ahora que veo á V. tan linda y en la aurora de su juventud y me estoy mirando á aquel espejo donde me contemplo ya casi doblando el ocaso de mi vida, aseguro á V. que esperimento un temor que jamás sintiera.

Gregorio. Esas son aprensiones, conde, aprensiones y nada mas. Los maridos jóvenes no suelen ser los mejores.

Conde. Sin embargo, Rosa tiene diez y ocho años y yo voy á cumplir ya los cuarenta.

Gregorio. Hay personas, y V. es una de ellas, sobre las que los años resbalan sin dejar huella alguna.

Conde. Desengáñese V., amigo mio, que los años no pasan en balde.

Gregorio. Rosa no ha reparado en eso, y se considerará muy feliz llevando su nombre y viviendo á su lado.

Rosa. (No tengo fuerzas para contradecirle.)

Eugenia. (*Al Conde.*) (Tenga V. piedad de ella.)

Conde. (*A Eugenia.*) (Descuide V.)

Gregorio. (Habla, desdichada, no estés así.) (*A Rosa.*)

Conde. Aseguro á V., amigo mio, que al ver delante de mí ese tesoro de perfecciones, al encontrarme con la perspectiva de una union y la posesion de tantos encantos, vacilo y dudo como aquel general que despues de haber vencido en cien empeñados combates se encuentra delante de una plaza fuerte que le franquea sus puertas sin oponerle obstáculo alguno.

Gregorio. Esa duda, permítame V. que le diga que es una puerilidad.

Conde. Será cuanto V. quiera, mas no puedo prescindir de sentirla.

Gregorio. Repite á tu futuro esposo las palabras que hace poco me dijiste; dile si aceptas ó no esa union placentera y satisfecha.

Rosa. Si... es... cierto.

Conde. (¡Pobre criatura!) Yo agradezco muchísimo esas palabras, mas... vuelvo á repetir lo que dije antes: en presencia de tanta felicidad no sé qué hacer.

Gregorio. (*Mirando á las dos mujeres.*) (¿Qué ha pasado aqui mientras yo he ido á buscar á Rosa?)

(*Aparece en la puerta del fondo un criado anunciando.*)

Un criado. Varias señoras acaban de entrar en los salones.

Gregorio. Vamos á recibirlas.

Conde. Cumplan Vds. con su deber. Rosita, ¿me hace V. el obsequio de aceptar mi brazo?

Gregorio. Deseche V. temores ridículos y considere á mi hija como á su esposa.

Conde. Allá veremos.

(*Vanse por el fondo dando el brazo Gregorio á su esposa y el conde á Rosa.*)

## ESCENA IV.

Rosendo *entrando por el balcon al despacho.*

Por fin he llegado. No hay nadie. Pero esta luz aqui puede comprometerme y... (*La apaga.*) Durante mi descenso, qué de horribles pensamientos se me han ocurrido. Yo convertido en un... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Para que yo descienda á este estremo, cuán grande no será mi desgracia! Tengo miedo de todo, tengo vergüenza de mí mismo. Pero y ¿mi padre? ¿Y mi pobre

padre que se encontrará sin asilo, sin pan? Mi hermana, que arrastrada tal vez por la miseria podria hundirse en ese abismo donde se pierde la honra: ¡oh! Señor, tú que ves los corazones, tú que analizas los sentimientos, harto sabes que no vengo á robar por vicio. La miseria amenaza á las dos personas que mas amo en el mundo y... y no tengo valor para verlas sucumbir. Me parece que siento pasos. Si me descubrieran, si en vez de llevar á mi padre el dinero que necesita, me sorprendiesen y fuese conducido como un criminal... ¡ah! no acierto á moverme.

## ESCENA V.

*Dicho*, GREGORIO *y* CRIADO *en el fondo.*

GREGORIO. ¿Dices que una jóven desea verme?

CRIADO. Si, señor.

GREGORIO. ¿Qué señas tiene?

CRIADO. Es muy linda, pero está muy afligida; viste pobremente y tales han sido sus instancias que no he podido menos de compadecerme.

GREGORIO. Alguna mendiga. Ahora no estoy para recibir á pobres.

CRIADO. Me ha dicho que era la jóven que vivia aquí al lado.

GREGORIO. (¡Ah! ¡es ella! sin duda el procurador ha cumplido mi encargo.) Hazla que pase aquí y evita que nadie la vea.

CRIADO. Está bien.

ROSENDO. Me ha parecido que hablaban, pero no he podido entender una frase. Esta es el arca del dinero. Quizás aquí en los cajones de la mesa haya tambien. Como la cantidad que necesito es tan pequeña...

GREGORIO. Veo que el medio propuesto por Jaime ha dado resultado. La muchacha vendrá ahora á suplicar y aquí será mas fácil que nos entendamos. Ya me parece que llega.

## ESCENA VI.

*Dichos*, MARÍA *por el foro.*

MARÍA. ¡El caballero de anoche!

GREGORIO. Aproxímate, niña, aproxímate sin temor alguno.

MARÍA. (No acierto á pronunciar una palabra.)

ROSENDO. Otra vez hay gente en esa habitacion.

GREGORIO. ¿Qué te se ofrece?

MARÍA. Venia, señor, á pedirle una gracia.

GREGORIO. Gracias pedir tú cuando tantas tienes; no me parece que eso está muy en razon.

MARÍA. Señor, no es la desgracia que me aflije nada apropósito para bromas.

ROSENDO. Me parece que oigo una voz de mujer. ¿Será esta la casa de aquella señorita? ¡Qué horrible casualidad!

GREGORIO. No ha sido mi ánimo ofenderte. Habla.

MARÍA. Usted que tendrá buen corazon, no permitirá que un pobre viejo que carece de razon se vea arrojado á la calle.

REGORIO. (Ahora recuerdo que iba anoche con Blas... ¿será su hija?)

ARÍA. ¿No es cierto?

REGORIO. No comprendo...

ARIA. Mi padre, mi hermano y yo habitamos un piso en esta casa inmediata que es de su propiedad, segun nos han dicho.

REGORIO. Y no han mentido. (Es su padre.)

ARÍA. Mi hermano no trabaja hace mucho tiempo. Ya sabe V. cómo andan las cosas y todos los trabajos están paralizados. Yo tampoco coso como cosia porque la labor escasea, y la consecuencia ha sido que nos hemos atrasado en los alquileres.

REGORIO. (Y la chica es bonita.)

OSENDO. No puedo comprender bien lo que dice, pero ese acento no me es desconocido.

ARÍA. Carecemos de lo necesario y anoche mismo V. fué testigo de que teniamos que mendigar un pedazo de pan.

REGORIO. Ya te dije que tendrias cuanto pudieras apetecer.

ARÍA. Solo apetezco que tenga V. piedad de mi pobre padre.

REGORIO. ¿De qué manera?

ARÍA. El procurador nos ha dicho hace poco, que si mañana á las ocho no le pagamos, nos echará á la calle.

REGORIO. Nada de eso sucederá.

ARÍA. ¡Oh! gracias: ya hacia yo bien en confiar.

REGORIO. Haré mas todavía: te daré buenos trages, irás á vivir á otra habitacion mejor en cualquiera de mis casas, y no tendrás que envidiar nada á las mas elegantes señoras de la ciudad.

OSENDO. He percibido algunas palabras y esa voz no la conozco.

ARÍA. ¿Y para qué quiero yo todo eso? Mis aspiraciones son tan modestas como la cuna en que he nacido.

REGORIO. Es que yo quiero que lo tengas. No debes padecer mas privaciones ni tu familia tampoco. Ya le buscaremos á tu hermano una colocacion, porque no me gusta hacer las cosas á medias.

OSENDO. ¡Su hermano! Me parece que ha dicho su hermano. ¿Con quién hablará?

ARÍA. ¡Oh! es V. un ángel.

REGORIO. No tanto, niña, no tanto, no soy mas que un hombre que se ha enamorado ciegamente de tí y es capaz de los mayores sacrificios para obtener tu amor.

ARÍA. ¡Ah!

REGORIO. ¿Qué tienes?

ARÍA. Nada, señor, nada; creia mas desinteresado su corazon.

REGORIO. Pero mi interés es un interés bueno: yo no apetezco mas que un poco de cariño en cambio de las riquezas que poseo.

ARÍA. ¿Es decir que me propone V. una venta?

REGORIO. Suena mal esa palabra tratándose de amor.

ARÍA. Peor suena la palabra amor, refiriéndose á la miseria.

REGORIO. Mira, en el mundo la muger pobre no tiene representacion, todo el mundo la desprecia, todo el mundo la insulta. Por el contrario, cuando como tú se es tan bella, tan graciosa, se apetecen el lujo, las riquezas, los placeres. Con tu hermosura, realzada por los brillantes y los encajes, eclipsarás á todas esas mujeres que se creen reinas porque su nacimiento es mas ele-

vado, ó porque han adquirido una reputacion de honradez fuerza de hipocresía. Entrarás en los bailes, en los teatros, los paseos y todos los hombres te rodearán solícitos, mendiga do una sonrisa tuya; las mujeres te mirarán, te envidiarán concluirán por declararse vencidas delante de tí. ¿No es m hermosa esa existencia que la humilde y triste que llevas en miserable tabuco?

MARÍA. Con permiso de V. desearia retirarme. (*Dando algunos p sos hácia el foro.*)

ROSENDO. Buena ha estado la peroracion de ese caballero. Y infeliz que la escuche cederá porque para pintar el vicio saben emplear tan buenos colores...

GREGORIO. ¿Qué has dicho?

MARÍA. Que deseaba retirarme.

GREGORIO. ¿Y no me contestas?

MARÍA. La miseria no merece ser insultada de este modo. (*Llora do.*) Mañana iré de puerta en puerta pidiendo una limosna, s teniendo á mi padre y Dios tendrá piedad de nosotros ya q los hombres no la han tenido. (*Retirándose.*)

ROSENDO. ¡Dios mio! He creido percibir la voz de mi hermana ¿seria ella? ¡Imposible!

GREGORIO. (*Deteniéndola.*) Te equivocas: el hombre te tiende mano.

MARÍA. Para empujarme y hacerme caer. Gracias. (*Va á march y Gregorio la detiene.*)

GREGORIO. Espera: no salgas.

MARÍA. ¿Por qué?

GREGORIO. ¿Ves? Algunos de mis convidados se dirigen hácia es sitio, te encontrarian y juzgarian quizás...

MARÍA. ¡Oh!

GREGORIO. Entra aquí, en mi despacho, no abrigues desconfian alguna; despues que se hayan marchado, saldrás.

MARÍA. Pero...

GREGORIO. Entra al momento, que se acercan.

MARÍA. (Si esto es un lazo, madre mia, vela por mí.)

GREGORIO. Vendré á buscarte.

MARÍA. Confío en su palabra. (*Entra en el despacho.*)

ROSENDO. (¡Mi hermana!)

GREGORIO. Busquemos á los amigos, presentémosles la palon enjaulada y cederá. (*Vase por el fondo.*)

## ESCENA VII.

MARÍA *y* ROSENDO.

ROSENDO. No se oye á nadie. (*Adelantándose y cogiendo á su he mana por un brazo.*) Desgraciada, ¿qué has venido á hac aquí?

MARÍA. ¡Rosendo!

ROSENDO. Si, Rosendo, (*con amarga ironía durante toda la escen* tu hermano, en el despacho, en la caja del banquero.

MARÍA. ¡Desgraciado!

ROSENDO. Nada tenemos que echarnos en cara. Yo ladron, tú

sin honra. ¡Vive Dios! que en un instante hemos descendido mucho.

RÍA. Hermano mio, ¿qué has hecho?

SENDO. Hermana mia, ¿á qué has venido?

RÍA. A implorar piedad para nuestro padre, á pedir al dueño de esta casa, que no fuera cruel y nos diera tiempo para pagarle.

SENDO. ¡Mentira!

RÍA. No miento, no. El procurador me dijo que este caballero era el dueño de la casa y por eso he venido á verle.

SENDO. ¡Mentira! Yo al menos tengo el valor de confesar mi crímen. He venido á robar, á robar, ¿lo entiendes? á robar para vosotros, para tí, que mientras yo descendia á esta infamia para conservar ilesa tu honra, para impedirte que ofuscada por nuestra miseria sucumbieras, venias á esta casa á llenarte de ignominia, vendiéndote como una miserable.

ARÍA. ¡Rosendo!

OSENDO. ¿Por qué fiar la honra en un vaso tan frágil? Al menor choque se quiebra y... ¡Dios mio! bien hicisteis en arrebatar á aquel pobre anciano la razon, para que no conociera la infamia de sus hijos. Todo lo he oido. Las palabras de ese hombre, sus falaces promesas, sus espléndidas ofertas. Anda, anda en buen hora y engalánate con ricos trages, ostenta soberbias joyas, eclipsa á todas las mujeres con tu hermosura y tu riqueza: en cambio tendrás manchado el cuerpo y empobrecida el alma. Ni tu padre ni yo necesitamos nada, nada. El sucumbirá de miseria, yo moriré de vergüenza.

ARÍA. Rosendo, por piedad, me estás desgarrando el corazon.

OSENDO. Harto desgarrado lo tengo yo. Creia que solo habia un miserable en la familia y aceptaba gustoso mi infamia con tal de daros de comer, pero esto es horrible. ¿Y aun me decias que ignorabas quién te habia escrito aquella carta?

ARÍA. Te lo juro por la memoria de mi madre.

OSENDO. Calla: si nuestra madre nos vé desde el cielo, ella que tantas veces nos dijo, «sed honrados, hijos mios, que la honra vale mas que el dinero» ¡cuánto sufrirá la infeliz!

ARÍA. Calla, me parece que siento pasos: huye por Dios, Rosendo, si te encontraran...

ROSENDO. ¿Qué me importa ya que me cojan? Una mujer que se vende bien puede tener un hermano que robe.

MARÍA. Eres injusto, Rosendo. Dios pone en el acento humano sonidos verdaderos que no dejan duda de la sinceridad de las palabras y en el mio están esos sonidos. He rechazado las ofertas de ese hombre, y si he entrado aquí ha sido para evitar que me vieran las personas que se aproximaban. Esto lo juro por la memoria de mi madre.

ROSENDO. ¿Será cierto?

## ESCENA VIII.

*Dichos*, GREGORIO, ORTEGA, *el* CONDE *y convidados.*

GREGORIO. Las señoras se encuentran perfectamente entreteni por allá con el baile y podemos hablar algunos momentos guros de no ser interrumpidos.
ORTEGA. Sigue lo que venias diciendo.
GREGORIO. Se trata de una muchacha lindísima.
CONDE. Lo de siempre.
ORTEGA. ¿Conquista hecha?
GREGORIO. Como que está aquí.
TODOS. ¿Aquí?
GREGORIO. Sí, señores, aquí, y os la voy á enseñar.
CONDE. Vamos, Fenoll, no haga V. semejante cosa.
GREGORIO. ¿Por qué no? Así se convencerán estos caballeros, q parece están dudando.
ROSENDO. ¿Escuchas?
MARÍA. Calla.
GREGORIO. Vamos, acercaos. Aquí tienen Vds. la muchacha m linda que han visto (*Va á abrir la puerta del despacho. Rosen le acomete con furia empujándolo hácia el salon.*)
ROSENDO. ¡Miserable!
TODOS. ¿Qué?
GREGORIO. ¿Quién es V.?
ROSENDO. Ese hombre ha mentido como un infame en todo cua to ha dicho.
MARÍA. ¡Rosendo!
GREGORIO. (¡Se conocian!) ¡Ah!... ¡Ladrones!
MARÍA. ¡Hermano mio!
TODOS. ¡Su hermano!
GREGORIO. Ese hombre es un ladron, ha entrado sin duda por e balcon que está abierto, pero no te escaparás. ¡Ladrones!
ROSENDO. Tampoco trato de hacerlo. Sí, señores, tiene razon e hombre. He venido á robar porque mi pobre padre desfalle de hambre; he venido á robar para impedir que mi desgracia da hermana llegase un dia en que se viera obligada á bajar vista ante las miradas de una persona honrada.
CONDE. ¡Pobre jóven!

## ESCENA IX.

*Dichos*, EUGENIA, *caballeros y* ROSA.

EUGENIA. ¿Qué sucede?
ROSA. ¡Ah! ¡mi salvador!
GREGORIO. Ese miserable que estaba en mi despacho. Cogedle.
ROSENDO. No tema V. que me escape. Me llama V. ladron, ¿y qu nombre se le podrá dar á quien, como V., al venir una pobr jóven á pedirle piedad para su padre, á suplicarle que no co metiera la crueldad de arrojarle á la calle al cabo de sus añ y de su locura, la ofrece V. su proteccion y sus riquezas e cambio de su honra?

os. ¡Oh!
ENDO. Sí, señores, ese hombre que me llama ladron ha hecho eso.
A. Papá, ese jóven fué quien me salvó la vida, y...
ENDO. (¡Ella tambien!)
A. Sálvele V. (*Al Conde.*)
DÉ. Lo haré.
ENIA. Reflexiona que si ese pobre jóven lo ha hecho por necesidad...
GORIO. Es un ladron y nada mas. (*En este instante aparece en el fondo D. José acompañando á Blas.*)

## ESCENA X.

*Dichos*, D. José *y* Blas.

José. ¿Quién habla aquí de ladrones?
s. Luces... calor... ¡pan!
SENDO *y* María. ¡Padre!
José. Blas, ¿conoces á ese hombre? (*Empujándole fuertemente hácia Gregorio.*)
EGORIO. ¡Blas!
s. (*Operándose en su rostro una trasformacion estraordinaria.*) El... él... yo no... la caja... la caja... ja... ja... ¡ja!... ladron!... Gre... Gregorio... Gregorio... ¡Gregorio!
José. Es ese mismo, señores. Ese hombre que ven Vds. ahí, ese que llama ladrones á los demás, ese con cuya amistad se han honrado Vds., es un miserable, un ladron que hace diez y ocho años robó á este anciano seis mil duros de mi pertenencia y le arrebató la razon.
EGORIO. ¡Oh! (*Aterrado.*)
José. Dí, Gregorio, porque este es su nombre, señores, dí, Gregorio, ¿es verdad lo que yo digo?
AS. Sí... sí... Gregorio... ese... ese... la caja... seis mil duros... él es... él. ¡Ah!... ¡Ladron! (*Durante esta escena Blas no ha cesado de mirar fijamente á Gregorio, hasta que le reconoce. Se lanza de repente sobre él y le arroja al suelo. Rosendo y D. José le contienen.*)
OSENDO *y* María. ¡Padre!
AS. Hijos mios.
José. Responde, infame, responde pronto. ¿Qué hiciste de mi hija? ¿dónde la llevaste? ¿No respondes?
UGENIA. Yo puedo contestar á V. porque he sido el cómplice, no en el delito, sino en el silencio, de ese desgraciado. Rosa, aproxímate.
OSA. ¡Dios mio!
UGENIA. Esa es su hija de V.
OSA. ¡Padre!
José. ¡Hija de mi alma!
UGENIA. Quiérala V. mucho porque es un ángel.
OSA. Padre mio, haga V. porque ese pobre jóven no sea conducido á la cárcel.
UGENIA. (*A D. José.*) Le ama.
José. Únicamente irá el verdadero culpable, hija mia. Allí fuera

está el inspector. Aquí junto á nosotros solo quedan los in-centes. Abrázame, Blas.

BLAS. ¡Oh! señor.

ROSA. Usted siempre será mi madre.

BLAS. Hijos de mi alma, abrazad á vuestro padre y dejadle q bendiga á Dios por la inmensa dicha que le ha proporciona

(*Cuadro.*)

FIN DEL DRAMA.

---

Examinado este drama no hallo inconvenien te en que su representacion se autorice.

Madrid 4 de Marzo de 1866.

EL CENSOR DE TEATROS,

**N. S. Serra.**



